LIBROdot.com

DIARIO ÍNTIMO

De

José Manuel Fernández Argüelles

© 2001, José Manuel Fernández Argüelles

112233@mail.bancoherrero.es

PROLOGO

No se pida a este Diario verosimilitud en el tiempo. Las fechas se ponen por que ¿qué es un diario sin fechas? Pero no esperéis que recuerde el día de aquel suceso, ni tan siquiera el día de hoy. ¿A quién le importa el tiempo?

Ténganse por ciertas las cosas contadas en las hojas de este Diario. Todas ellas me han sucedido, me están sucediendo o me van a ocurrir tarde o temprano. De nuevo, ¿a quién le importa el tiempo?

Por supuesto, quiero matizar, para los puristas de la verdad, que cuando digo que todo lo narrado es cierto, me refiero a la certeza que yo tengo de las cosas, que no siempre coincide con la realidad diaria que se empeña en limitarme.

Por tanto, no sólo no se espere de este Diario verosimilitud en las fechas, como al principio dije, sino que tampoco se le demande el hastío cierto de la vida cotidiana.

J.M.

MARTES, 2

Hoy me han hecho otro test de inteligencia. Y van… ¡Ni se sabe!. En este último da como resultado que tengo mucho menos coeficiente intelectual que en el anterior. No sé si preocuparme, pero creo que la culpa no es mía, pues no depende de mí, sino de quien me haga el test. Me explico. El anterior lo llevó a cabo un chico, algo mayor que yo, con su corbata y su sonrisa amable. Bien. Este de hoy me lo realizó una joven estupenda, con su faldita corta y sus manos finas. Me señalaba, con sus deditos de uñas pintadas y puntiagudas, dónde tenía que poner las cruces con el lápiz y esas cosas. Yo miraba sus manos, sus uñas, sus piernas, y el test salió, lógicamente, mal. Pero no me importa, porque todo lo demás salió muy bien. Me explico. Ella era una chica joven, recién acabados los estudios de psicología, me dijo. No soy tonto. No dudé ni por un momento que, debido a sus estudios y su perspicacia, notaría y entendería el significado de mis miradas a sus piernas, sobre todo cuando se sentaba y las cruzaba, mientras esperaba que yo llenase de señales un inexplicable papel con preguntas tales como: "ponga una cruz en una de las tres casillas según su respuesta sea afirmativa, negativa o dudosa". Bueno, esa no era la pregunta, era la explicación de cómo tenía que hacer las cosas. ¡Quién se acuerda ya de la pregunta!. ¿Y a quién le importa?. A mí no, desde luego, ni antes ni mucho menos ahora. Pues, como decía, ella se dio cuenta de que la miraba por todas partes, y ya no sabía cómo ponerse, cómo sentarse, cómo estar de pie, cómo andar. Al final decidió colocarse detrás de mí; gracias a eso contesté algunas preguntas del test aquel, y su resultado no dio que mi

inteligencia fuese nula o plana. Pero lo importante es indicar de forma clara la influencia de la examinadora (perdón, no se me ocurre otra palabra más hermosa) sobre mí. Pues resulta que, en un momento dado, durante la ejecución de uno de los múltiples test, ella se pone frente a mí, y dice:

-¡Pero, vamos a ver! ¿Qué coño les pasa a mis piernas? ¿No tienes ojos para otra cosa?

Y es que preguntarme eso en aquel momento, fue lo mismo que preguntar a Moises (¿o fue a Noé?) si quería coger las Tablas de la Ley. La miré con absoluta seriedad. Me levanté para estar a su altura. Quedamos a unos centímetros escasos el uno del otro, y le dije, en el modo más fino que pude:

-Querida, te tumbaría ahora mismo sobre esta pequeña mesa, que soporta el peso de la libreta en la que escribo, y te follaría hasta llorar de placer juntos.

He de decir que en un primer momento se quedó sin habla. Mantuvo su mirada contra la mía fijamente, pero en silencio, muda, sin habla, como he dicho. De pronto, cambió su expresión. Sonrió con ligero esfuerzo, y dijo:

-¿Hablas en serio, cabrón?

¿Cómo puedo sacar un coeficiente intelectual medianamente digno en tales circunstancias?

MARTES, 11

Hoy me he enamorado. Otra vez. Me he enamorado de nuevo y es maravilloso. De nuevo vuelvo a sentir ese cosquilleo en la nuca cuando ella me habla o me toca. Otra vez tengo aquella ansiedad dolorosa pero agradable cuando voy al lugar de la cita corriendo. Hoy, otra vez, estoy enamorado. Y también lo siento… lo siento por la otra, por la anterior. Pero es que nunca he sabido estar enamorado de dos a la vez. Así que de tal manera se lo dije a mi abandonada novia (a la otra, la anterior): a bocajarro. Le expliqué que todo había terminado entre nosotros porque me había enamorado de nuevo y era inmensamente feliz… otra vez. Ella no lo entendió bien. Lo cierto es que lo entendió todo al revés, todo mal. Por algo me había enamorado de otra, pues esta, la despechada, se descubrió de repente como una mujer gritona e histérica, que no comprendía mi felicidad. En lugar de exclamar alegre, “¡mi novio se ha enamorado de otra y está muy contento!”, lo que hace es insultarme , gritar, como ya dije, y acabar llorando y diciendo que yo soy el culpable de su desdicha. ¿Alguien puede entenderlo?

SABADO, 22

Hoy mi prima Azucena ha cumplido 18 años. Hoy mi prima ha tomado una decisión muy importante y ha venido corriendo hasta mí casa para contármela. Nada más abrirle la puerta, y casi sin tiempo para saludos, me dijo en voz baja que acababa de cumplir 18 años, que había decidido dejar de ser virgen y que el candidato para la ceremonia de la desfloración era yo. La frase

“ceremonia de la…” es mía, ella empleó otra mucho más explícita. Lo dijo todo de seguido, con una sonrisa algo nerviosa. Yo quedé mudo y toda la sangre se me agolpó de repente en el rostro. Con cuatro palabras más para concertar la cita se despidió dándome un rápido beso en la mejilla, que debió de quemarla, y se alejó corriendo y, a veces, saltando como quién es muy feliz.

Hoy, que mi prima cumple 18 años, hemos quedado citados por la noche en casa de sus padres. La casa de los padres de mi prima es enorme y tiene multitud de habitaciones. Y sus padres suelen dormirse muy temprano. De pequeños, mi prima y yo, jugábamos solos por todos los lugares de la casa con absoluta libertad. Ya siendo menos niños, solemos estar juntos en su habitación leyendo poemas y cuentos o estudiando hasta altas horas de la noche, mientras sus padres duermen.

Hoy por la noche iré a la casa donde mi prima vive, y en su habitación, mientras sus padres duermen, no leeremos esta vez sus poemas ni mis cuentos, tampoco me explicará los áridos libros de matemáticas ni los giros incomprensibles del idioma ingles. Porque mi prima cumple hoy 18 años.

DOMINGO, 11

Hoy he estado comiendo en un restaurante con una antigua novia. Hace cinco años que nos separamos y desde entonces no hemos vuelto a vernos. Ella por un sitio, yo por otro. El trabajo, los estudios… total, que cinco años sin

saber el uno del otro. Ella hace cuatro que se ha casado y sigue casada, pero sin hijos. Yo sigo como estaba: con una novia. Con otra novia. Y van…

Durante la comida a la que la invité, tras un encuentro casual que no me apetece describir, hablamos mucho; sobre todo yo. Hablé mucho con ella, y aún no sé por qué. Le dije que seguía sin trabajo y sin buscarlo. Que seguía estudiando: estudiando cualquier cosa, ¿qué más da?. Que mantenía mi costumbre de pedir dinero a mis padres: como antes, sí. Qué ahora bebía mucho. Que fumaba todavía más. No, las drogas duras, aún no. Le dije que mis novias cada vez duraban menos y que no podía decir quién me había dejado a mí y a quien había abandonado yo. Reímos de nuevo juntos. Le dije… Hablé demasiado. Y bebí demasiado. En los postres, ya algo borracho, lloré un poco, pero se me pasó en seguida. Ella puso una mano sobre la mía y sonrió con dulzura y comprensión. Me conoce bien. A la salida del restaurante, cuando llegó la hora de despedirnos, los dos nos quedamos uno frente al otro sin saber qué hacer. Yo dudaba entre tenderle la mano o darle un beso en la mejilla, ambas cosas me parecían ridículas en ese momento; me parecían poco. Ella creo que tenía el mismo problema.

Pues allí estábamos, frente al restaurante, en medio de una acera muy transitada por gente que chocaba contra nosotros, que estábamos parados en silencio y mirándonos. De pronto, susurré que me gustaría acostarme con ella. Me contestó que estaba pensando lo mismo. Instintivamente los dos miramos a nuestro alrededor. Yo dije que deberíamos buscar un hotel, pero que no me quedaba ya nada de dinero. Y ella dijo que tenía apenas el suficiente para tomar el autobús. De nuevo quedamos en silencio. Entonces, creo que comenzó ella, nos dio un incontenible ataque de risa.

LUNES, 11

Hoy he tropezado con un hombre que intentó convencerme de que el fin del mundo está cerca. El mes que viene, si hay que ser exactos. Bueno, el día 21 del mes que viene, si hay que ser exactos de verdad. Yo iba andando por el parque y aún no había bebido nada. Lo juro. El tío se me viene encima y choca conmigo. Inmediatamente me dice que el mundo se acaba, que rece y me entregue a Dios. Porque el mundo se acabará el día 21 del mes que viene, dice. Yo no soy violento. Aseguro que respeto la opinión incluso del que desea mi muerte (en este caso, junto con la de todos). Pero me molesta que choquen conmigo en un parque una hermosa mañana de sol y que se pongan a hablarme de rezos, de dioses y de muertes. Por tanto lo que hice fue dar un empujón al individuo aquel, que calló sobre su culo y que desde el suelo siguió diciéndome que yo estaba entre los que iban a morir el día 21 del siguiente mes. Aquello me molestaba, y le di una patada en un costado. Bueno, no es que me preocupase lo que decía, pero sí su monótona insistencia. Si algo tengo claro es que alguna vez he de morir. Por los demás no respondo, pero yo estoy seguro de ello. El caso es que el fulano aquel seguía allí, en el parque tirado, sin levantarse, a causa de mi empujón y la patada, y gritando que el mundo se iba a terminar y yo con él. Y eso es todo. Me fui haciendo un gesto obsceno al hombre tirado en el suelo, y algunos de los que estaban por allí se reían. Eso es todo.

MARTES, 16

Hoy he estado mirando por la ventana cómo se desnudaba una mujer en el piso que está frente al mío. Ya, ya sé que no es una acción digna. Ya sé que merezco todos los reproches que la cultura asumida en el ámbito familiar y escolar quiera imponerme. Pero no lo pude evitar. Ella era hermosa, y como la distancia impedía la claridad, mi imaginación, que es mucha, puso el resto.

Entonces, quede claro que yo miraba a una diosa mítica que se quitaba la ropa, por cierto muy lentamente, ante mí. No justificaré mi interés en la visión tan grata por la erección que de inmediato tuve, no quiero ser vulgar, diré más bien que la belleza, en parte vista y en parte creada, era tal que el momento aquel alcanzó cimas poéticas sublimes. Dejémoslo así.

MIERCOLES, 22

Hoy me ha llamado por teléfono mi amigo Juan, y quedamos citados para vernos una hora después. Mi amigo Juan acaba de salir de la cárcel y adiviné que me llamaba para pedirme dinero. En efecto, en cuanto nos dimos un apretón de manos y me dijo, “*tío*, estás como siempre”, y yo le contesté, “si

solo hace seis meses, coño", el ya me estaba pidiendo algo de dinero. Yo, lo sabe él bien, no tengo más que lo que les saco a mis padres y algo extra de algún trabajo literario que pueda hacer, pero esto último es muy raro. Le di lo que tenía ahorrado para invitar a alguna amiga que se animase a pasar un fin de semana en un hotel rural, mas o menos perdido entre pinos y montes verdes y lejanos. Adiós al sexo campestre en medio de la naturaleza. Pero es que en el fondo ese dinero se lo debo a mi amigo Juan. Desde niños fuimos inseparables. Nos distanciamos con la droga. El que sí, yo que no. El se quedó dentro y yo no hice nada porque saliese. Se lo debo. Ese dinero y más, probablemente. Así me lo indica esta conciencia mía, que se la vendo al primero que me la pida. Bueno, el caso es que le doy el dinero y el me lo agradece mucho y me dice que va a mejorar su vida, a cambiarla, y que me invita a un vasito de vino Rioja, que sabe que me gusta. Me invita con mi dinero, que ya es suyo, pero se lo agradezco igual. Y entonces, entre vaso y vaso de vino tinto Rioja (paga él), va contándome sus peripecias en la cárcel. Es la primera vez que entra. Me dice que será la última. Yo hago un esfuerzo y sonrío como si le creyese. Y me cuenta que dentro es duro, pero sólo hasta que consiguió pincharse, que es caro, igual que fuera, pero como es guapo que allí dentro enseguida le explicaron cómo conseguirlo. Yo siento pena por Juan, sobre todo cuando me dice eso de que "a todo se acostumbra uno, Jose". Y al final añade que lo va a dejar, que no me preocupe. Cuando nos separamos iba recontando el dinero que le quedaba tras pagar el vino que habíamos tomado juntos. Quiero pensar que no serán los últimos tragos en su compañía.

VIERNES, 6

Hoy he ido al medico. Al principio un enorme aburrimiento me atenazaba en la sala de espera, donde permanecía mientras llegaba mí turno junto con otras varias personas. Una de ellas era una mujer anciana, delgada, de pelo escaso y cano, y su mirada estuvo siempre fija en la pared de enfrente; la acompañaba su hija, que estaba muy seria y silenciosa. La anciana, en cambio, no paraba de hablar, pero como al principio no entendía nada de lo que decía, supuse que era extranjera. Al poco tiempo me di cuenta de que sus palabras eran incomprensibles, sí, pero no lograba identificarlas con ningún idioma. Por fin pude mal entender algún término que parecía pertenecer al idioma español. Llegué, finalmente, a la conclusión de que padecía lo que se denomina afasia, esa enfermedad que hace que olvidemos el nombre de las cosas o cambiemos las palabras por otras sin significado, producto, todo ello, de la vejez y el deterioro de la mente. Pasé, de esta manera, varios minutos escuchando el discurso ininteligible e interminable de aquella mujer. Los que estábamos en la sala de espera acabamos por intercambiar miradas de comprensión y gestos de risa contenida por aquel monólogo ridículo, pero nadie decía nada. Se calló la vieja por fin cuando la llamaron para entrar en la consulta del doctor. Quedó la sala en silencio y fue poco después cuando comencé a realizar un juego mental para entretener la espera. Tengo muy buena memoria (para todo menos para los estudios), y recordaba muchas de las extrañas palabras inventadas por la vieja, así que me puse a repetirlas en mi interior, después a unirlas de

diferentes formas. Más tarde intenté asociarlas a otras conocidas, ya fuese por similitud entre ellas o por intuiciones mías. Todo esto lo hacía para pasar el rato, pero poco a poco, sin darme cuenta a penas, fue ganando mi interés hasta el punto de que no me enteré cuando llegó mi turno para visitar al médico. Seguí ensimismado en aquel juego mental, concentrado de manera absoluta en recordar palabras imposibles y asignarles un significado que pareciese lógico de alguna manera. Así estuve hasta que un celador me tocó en un brazo.

-¡Que vamos a cerrar! -me dijo

-Abaus cequite ematora clionte -contesté.

LUNES 6

Hoy he perdido otra vez la posibilidad de encontrar un trabajo. Comenzó la historia con la consabida entrevista en las oficinas de la empresa que busca un trabajador. Me preguntaron si disponía de media jornada libre, y como estudio por las mañanas dije que las tardes las ponía a su disposición. Eso les gustó. Después me preguntaron por mis aspiraciones económicas. No creo que respondiese mal a esa pregunta, pues no soy ambicioso. Aunque quizás a ellos les hubiese gustado que sí. No sé. A continuación se interesaron por mis ambiciones futuras, y no les mentí sobré el hecho de que aspiro a vivir o de la literatura o de las mujeres o de ambas (después rectifiqué y aclaré que sólo deseaba que me mantuviese una mujer, no varias). Creo que lo tomaron a broma, porque rieron bastante, no sé si por lo de la literatura o las mujeres. El caso es que les hizo gracia y yo les caía simpático, pero sospecho que los

puntos ya debían de ir en mi contra. Lo siguiente que preguntaron fue si me gustaba charlar con la gente, y respondí que me encantaba. Eso es verdad. Sobre todo de los sentimientos y las alegrías, también de los dolores y las penas. En esto último vieron algo positivo, me parece, pues dijeron que en ese sentido iban las pretensiones de la actividad laboral para la que buscaban candidato. Por fin me hicieron la pregunta que lo estropeó todo. Me interrogaron sobre si me creía capaz de vender con alegría, de trasmitir felicidad, de hacer que los clientes se sintiesen contentos al adquirir un seguro para costearse su entierro, que incluía nicho, ataúd, misa católica y coches para los familiares del difunto. No, con alegría no podía hacer eso. Quizás incluso llorase junto con la víctima contratante.

Pues la tarde de hoy comenzó así, con otro posible trabajo perdido. Mis padres llevan la cuenta de cuántos trabajos no he tenido. Dudo que importe el relacionarlos. Además, esto no puede ser tan largo.

El resto del día lo dediqué a descansar un poco.

SABADO, 22

Hoy me han ocurrido cosas sorprendentes. ¡Hay días que son así! ¡Y si suceden cuando no tengo que ir a las clases en la universidad, mejor que mejor! Me dio la noticia mi madre nada más levantarme, cerca del medio día ya y con un ligero dolor de cabeza que se me fue enseguida. Pues resulta que según voy para el baño, mi madre asoma la cabeza desde la cocina y me dice

(tras gritarme que no ande desnudo por la casa) que han llamado de una emisora de radio para concertar una entrevista de trabajo. Hacía tiempo que había enviado una carta con un currículum ligeramente falso a esa emisora radiofónica con la vana esperanza de lograr un puesto de redactor, de locutor o de cronista de algo. Les venía a decir que, gracias a mi preparación y experiencia en ese medio, valía casi para cualquier cosa. Lo cierto es que ya me había olvidado del asunto por completo. Y hoy me llamaban para una entrevista. ¿No es algo que en principio parecía maravilloso?. Siempre me gustó la radio. Por la tarde sería la gran oportunidad.

Y por la tarde me presento en las oficinas de la emisora de radio, pero cuál no sería mi sorpresa al ver que quien me recibe en un lujoso despacho es una antigua conocida mía. Resulta que era mi profesora de literatura, o lo había sido en aquel tiempo en el que yo hacía el primer curso de filología. Lo primero que pensé fue que todas las mentiras de mi currículum habían quedado al descubierto. Mientras estas ideas me atormentaban, ella se dirigió a mí, resuelta y decidida, y me estampó un beso rápido en la boca. Sus labios duros y cerrados no me engañaron. Allí, pensé, lo de menos iba a ser mi currículum falso. Mi profesora me contó que había dejado la universidad, y que su marido, dueño o director o algo así de una cadena de emisoras, le había dado el puesto de directora en esta pequeña estación de radio. Cualquier cosa con tal de olvidar a los estudiantes, me dijo. Incluso limpiar las calles, insistió. Esto último no se lo creí.

Abreviaré la historia de la entrevista. Cuando iba a explicarle lo mucho que me gusta el mundo de la radiodifusión, ella me dice que me siente en un sofá y se pone a mi lado, me pasa un brazo por el hombro, pone la otra mano

en mi muslo y, con una sonrisa satisfecha y una mirada de total superioridad, me pregunta si necesito mucho el trabajo. Sin darme tiempo a responder, comienza a subir la mano que dejó sobre mi pierna izquierda. Ya, ya sé que era una situación claramente tipificada en el código penal como “acoso sexual”; claro que nunca me importó mucho que una profesora de literatura, madura pero atractiva, me acosase en su despacho sobre un cómodo sofá.

La tarde en el despacho de mi profesora fue agradable, para qué negarlo. Lo malo vino en la despedida, cuando yo creía que tenía el trabajo asegurado. Al marchar me dijo que su secretario ya se pondría en contacto conmigo, pero que no me hiciese muchas ilusiones, que mis cualidades de mal estudiante, vago y conflictivo, no eran las más adecuadas para cubrir el puesto vacante en la emisora.

Bueno, no le guardo rencor. Lo cierto es que, durante todo el primer curso de filología, siempre me había gustado mi profesora de literatura.

VIERNES, 15

Hoy se ha averiado mi pequeño vehículo. Hoy he quedado sin medio de transporte propio, así que he tenido que tomar el autobús para desplazarme, cosa que no hacía desde… no sé desde cuándo no subo al autobús, sinceramente. Pues, como decía, hoy he usado el transporte público para ir de un extremo al otro de la ciudad. Era el final de la tarde, y yo iba a un bar en el que había quedado con una amiga. Subí al autobús y el conductor, muy

sorprendido, me explicó que sí, que el billete ahora costaba lo que marcaba el cartelito y que no era culpa suya, que pagaba o que me bajase, pero que no le pidiese explicaciones. Pagué y me senté. Todo esto que cuento ya sé que no tiene ninguna importancia, Diario, pero es que al rato se sentó a mi lado una mujer estupenda, con unos ojos azules que no miraban hacia ningún sitio y que parecían perdidos en el séptimo cielo, y además tenía unos pantalones *tejanos*, de esos ajustados hasta extremos inverosímiles, definiendo su anatomía con una precisión de libro de medicina. Sí, Diario, se sentó a mi lado en el autobús aunque había otros asientos libres, pero no me miró, pues tenía la vista como ida, como si pensase en otra cosa, como si estuviese a mil kilómetros de aquel autobús. Yo, por supuesto, inmediatamente abrí mis piernas para así hacer que mi rodilla derecha tocase la de ella. Esperé por ver si la ninfa iniciaba un movimiento de retirada con escándalo o con disimulo, según su forma de ser, pero para mí sorpresa siguió con la mirada distraída y sin retirar su muslo izquierdo, lo que hizo henchir de emoción mis esperanzas, aunque por otro lado su vista perdida e indolente me desalentaba un poco, me desanimaba y producía en mí una cierta curiosidad, pues, si no estaba drogada ni borracha (y no parecía sufrir ninguno de los dos estados), no era lógico su despiste y apatía ante mi contacto. Así es que, ni corto ni perezoso, seguí en mi avance. Dejé la rodilla junto a su muslo y acerqué mi cuerpo al suyo hasta que, hombro con hombro, quedamos pegados lateralmente ambos. Y ella seguía sin moverse ni alterarse. Te confieso, Diario, que ya estaba más intrigado que excitado, pues la bella permanecía indiferente a nuestra unión, y seguía con sus azules ojos perdidos en el último confín del autobús. Así que moví, como con tonta distracción, mi mano hacia la derecha, donde ella estaba,

y rocé con la punta de mis dedos el ajustado pantalón que cubría con tenso esfuerzo su prieto muslo. Entonces sí que esperé un grito, un escándalo, un sobresalto, lo de siempre que me ocurre cuando me lanzo a lo loco y sin reflexión de ningún tipo (algo tan habitual en mí que ya no le doy importancia). Pero no, ella no se escandalizó lo más mínimo, no se sobresaltó ni se apartó con grito histérico de la punta de mis atrevidos dedos; tan sólo giró con lentitud su rostro hacia mí y, con su mirada clara y apacible, me sonrió con encantadora dejadez. Por supuesto, de manera casi automática, y sin yo poder detenerlos, mis dedos se extendieron, y tras ellos la mano hizo el gesto completo para abarcar el muslo de mi hermosa compañera de viaje. Mi cuerpo se puso tenso, mi mente comenzó a elucubrar los más ansiosos planes y el autobús me pareció el medio de transporte ideal. Y en ese momento, el susodicho artefacto se detuvo. Fue algo instantáneo. El autobús se paró de repente, ella, de un salto, se puso en pié y de dos brincos más se bajó del vehículo. Unas breves fracciones de segundo después las puertas del monstruo mecánico aquel se cerraban ante mí y yo quedaba dentro y ella en la calle mirándome con media sonrisa divertida mientras nos alejábamos, nos separábamos y nos perdíamos para siempre jamás el uno del otro.

Odio los autobuses. Eso sí, todo esto que me ha sucedido por las cuatro perras gordas que marcaba el cartelito, no es caro.

DOMINGO, 1

Hoy me he vuelto a sentar en la mesa de un bar que me ha traído muchos y hermosos recuerdos. No he tomado lo mismo que entonces, pues ahora las bebidas dulces como jarabes contra la tos me dan un poco de asco. Faltaba ella, por supuesto. Faltabas tú, Rocío. Faltaba aquella niña, tan guapa y más lista que yo, que era un niño grandullón, peleón y revoltoso, que entraba en la adolescencia como un camión sin frenos cuesta abajo, pero que ante aquella promesa de mujer se mostraba torpe, más tonto aún de lo que era y hasta tímido, cosa de la que acababa de descubrir su significado. Recuerdo al camarero, que ya no es el mismo, y su mirada de picardía y su sonrisa cómplice. Y tú hablabas sin parar y yo no sé si te escuchaba, por que no recuerdo nada de lo que dijiste; sí sé que buscaba desesperadamente dentro de mí cómo decirte lo que pensaba, pero no surgía ninguna palabra. Recuerdo que me parecía imposible que a ti se te ocurrieran tantas, tan rápido y tan seguidas, y a mí ni una sola. Si era tan fácil para ti, cómo para mí era imposible encontrar una sola palabra con la que decir “te quiero” , pero sin decirlo directamente, que me daba vergüenza, que no me salía de la boca ni haciendo un esfuerzo. Recuerdo que preguntaste si tenía algo en la garganta, pues mis ímpetus para decírtelo eran tan enérgicos que parecía un estornudo contenido. Al final, tú lo hablaste todo, y como despedida recuerdo que me dijiste: “¡Qué niño más callado!”

Y ahora escribo para mí, pero como si te hablase, como si estuvieses aquí delante y te lo contase. Ahora, qué tan tarde es ya.

SABADO, 21

Hoy me he perdido en mi propia ciudad. Era cuando comenzaba a anochecer y caminaba por unos barrios marginales que no recuerdo haber frecuentado nunca. Y me perdí. Me sentía ridículo andando por calles desconocidas sin llegar a ninguna que reconociese y me sirviese de orientación. Casi por amor propio no quise preguntar a ninguna de las personas con las que me cruzaba, pues suponía que tras andar un trecho tendría que dar con una calle, con un edificio, con algún elemento arquitectónico que sirviese para aclarar mis ideas sobre la dirección correcta a tomar. Pero pasaba el tiempo, cada vez se hacía más de noche, y todas las calles me resultaban ajenas. Era como si de pronto estuviese en otra ciudad, cosa imposible, por supuesto, pues ni media hora antes había estado en calles perfectamente conocidas y que eran de mi entorno habitual. Cuando las farolas de las aceras se encendieron, comencé a ponerme un poco nervioso y decidí declararme derrotado y preguntar a alguien la manera de llegar al centro de la ciudad, lugar de sobra conocido por mí. Me acerqué a un joven de mi edad que se apoyaba en la pared mientras fumaba. Parecía esperar a alguien, pues miraba al fondo de la calle continuamente.

-Hola, tío -le dije-, resulta que ando despistado, ¿puedes decirme cómo llego al centro desde aquí?

El otro se puso a mirarme con notable fijeza, y yo quedé paralizado en espera del resultado de aquel escrutinio. Por fin dijo:

-¡Joder, tío, si eres Jose! ¡Macho, por ti no pasa el tiempo!

Resulta que era un antiguo condiscípulo mío, de cuando los tiempos del instituto. Estaba esperando a su novia, y ambos iban al centro en el vehículo de ella, así que iríamos juntos.

En efecto, llegó pronto Anina, la novia del Nacho, mi compañero de instituto, y ambos se rieron mucho con mi peripecia de viandante perdido en su propia ciudad. Coincidía, además, que antes de llegar a donde mi amigo, había pasado, una calle atrás, por donde Anina vivía, según me dijo ella misma; incluso recordaba haberse cruzado conmigo mientras iba a buscar el coche. Risas, coincidencias, ¡qué gracioso todo! Después pasamos la noche recorriendo el centro juntos. Al principio Nacho y yo no parábamos de hablar de los viejos tiempos, aunque realmente no sean tan viejos, pero todo es según como se mire. Después Anina comenzó a *meterse* en la conversación. Al final, éramos ella y yo los que hablábamos sin parar y no nos dábamos cuenta, yo al menos no, de que estábamos dejando fuera a Nacho. Anduvimos por muchos sitios de copas y música durante toda la noche. Siempre los tres juntos. Al final, ya casi de madrugada, cuando Nacho dijo, "¡Venga ya, que estoy cansado de oíros! ¡Nos vamos para casa!", ella, Anina, se acercó a mi oído y susurró unas palabras, las únicas que esa noche mi amigo no escuchó:

-Mañana vuelve a perderte, pero una calle antes, junto al portal número siete.

SABADO, 1

Hoy he estado tomando unas cervezas con algunos amigos. El grupo habitual de antiguos compañeros de estudios que nos reunimos tres o cuatro veces al mes. Chicho, Juanjo, Pepe y yo. Los cuatro estuvimos en una mesa de la cervecería charlando animadamente, cosa a la que ayudaban las varias

botellas que ya habíamos vaciado. Pagamos siempre a medias, claro; ninguno de nosotros tiene realmente trabajo, aunque Pepe y Juanjo disfrutan de un contrato ocasional. El primero da clases de ingles en una academia particular como sustituto de una profesora que se tuvo de operar de no sé qué; y Juanjo trabaja por horas llevando la contabilidad de una pequeña empresa. La verdad es que también podemos decir que Chicho tiene una ocupación, pues es pintor, y uno de cada cincuenta cuadros logra venderlo. Así que el único que no trabaja absolutamente en nada, soy yo. ¡Qué le vamos a hacer! Pues allí estábamos reunidos los cuatro amigos, bebiendo y hablando de mujeres, sobre todo el deslenguado de Juanjo y yo, que somos los más obsesionados con ellas. Pepe es más reservado en ese tipo de diálogos, aunque cuando alguna le gusta de verdad no para de describirla, y como sólo habla de la misma, acaba aburriendo a las piedras.

Esta tarde solía llevar yo la iniciativa en la conversación.

-¿Os acordáis de aquella profesora que tuvimos en el primer curso? -les pregunté, y después inicié una detallada explicación de cómo había vuelto a encontrarla y cómo me había dejado seducir por ella.

-¡Venga ya! Eso no te lo crees ni tú -me contestó Pepe.

-Pues yo sí le creo -me defendió Juanjo-, que aquella perra caliente era un horno.

Y así seguimos hablando, cada vez con verdades más exageradas, sobre nuestras conquistas femeninas, hasta que, cuando hicimos una pausa para pedir más botellas de cerveza, se me ocurrió de repente que Chicho llevaba mucho tiempo sin decir nada. Y, no sé si sería porque había llegado con la cerveza a alcanzar un momento especialmente lúcido, pero también

recordé que era raro que nuestro amigo pintor interviniese en conversaciones de ese tipo. Y se lo dije:

-Oye, Chicho, ahora que lo pienso, tú nos hablas de lo divino y de lo humano hasta tener que mandarte callar, pero de mujeres nunca, ¿por qué?.

Y entonces, los tres, Juanjo, Pepe y yo, nos quedamos mirando a nuestro mejor pintor, como si de pronto hubiésemos descubierto algo que siempre había estado ahí delante, pero que nos había pasado desapercibido.

Chicho sonrió un poco y nos miró de uno en uno. Por fin dijo, con fingida inocencia:

-¿Cómo era la pregunta?

-¡Venga, no seas maricón, y contesta! -le reprendió Juanjo, que casi siempre tiene un insulto en la boca.

Chicho miró hacia la botella de cerveza que tenía en la mano, y fue como si hablase con ella y no con nosotros, al decir:

-Es que lo soy.

Es curioso cómo nos empeñamos en no conocer a nuestros amigos. Los usamos para divertirnos, pero no los conocemos realmente. Tantos años de amistad con Chicho, y resulta que nunca comprendimos que era “gay”. Por supuesto, no nos importa, ni a Juanjo ni a Pepe ni a mí. Pero a mí, al menos, me duele saber que nunca nos haya preocupado el conocernos mejor. Empezando por Chicho y sus repentinos silencios.

VIERNES, 13

Hoy he comprobado, una vez más, que existen muchas personas tristes y agresivas, las cuales no saben disfrutar de los breves momentos gratos que nos regala la vida. Me explico. Hoy entré en la Oficina de Empleo o en la Oficina de Desempleo o en la Oficina donde se busca Empleo, que ya no sé cómo llamarla, y me enfrento a una mujer gruesa, por no decir inmensamente gorda, que parece un canto perpetuo a la tristeza y el malhumor, y le pregunto si tiene algún trabajo que se adecue a mis características. Esta mujer ya me conoce, ciertamente, de otras veces. Primero me mira con detenimiento sin decir nada, después ejecuta una mueca a modo de falsa sonrisa y, finalmente, se pone teatralmente seria para decirme:

-Mire, señor Fernández, de acuerdo a sus características no se ha inventado aún ningún trabajo, puede darlo por seguro. Ya se lo he dicho el mes pasado y el anterior y todavía más atrás en el tiempo, creo recordar; así que haga el favor de quitarse de delante de mí.

Es evidente la animadversión que aquella gorda siente por mí; y conste que yo no tengo nada en contra de las mujeres "llenitas", más bien al contrario, pues esas carnes abundantes en las que hundir los dedos tienen un componente erótico que inunda alguno de mis mejores sueños. Pero esta funcionaria del Estado para el bienestar de lo súbditos sin empleo, es de lo más reacia a mis encantos y cualidades. Tal es así, que esta vez, con más premura que otras, me despachó con unos malos modos mayores de lo habitual. "¡Asqueroso vago!", creo que fueron sus últimas palabras, dichas entre dientes cuando ya me apartaba de su mesa.

Hasta aquí la historia de hoy en mi diario es vulgar y anodina, pero se torna sorprendente por lo que sucedió a continuación. Resulta que, antes de

salir de aquella oficina, me detengo un momento a leer en el tablón de anuncios diversas ofertas de cursos para curiosos aprendizajes que nunca me interesan, pero encuentro graciosos algunos, y por eso siempre paro a leerlos. Me entretuve en tal labor algunos instantes, y cuando por fin me dispongo a salir a la calle, coincido con la gorda que también se iba, pues probablemente era su hora de ir a tomar el café al bar de la esquina. La puerta de la Oficina de Empleo no es pequeña, pero tampoco tan grande: y ambos vamos a salir exactamente al mismo tiempo. Ella me ve, pero no frena su avance; sencillamente me mira con agresividad y altanería. Yo, que no le debo ningún favor, no aminoro la marcha para cederle el paso; y como ninguno de los dos cede, nos encontramos intentando salir a un tiempo por la puerta, que nos atrapa entre los hierros de su marco, quedando los dos encajados e inmovilizados entre las risas de los de dentro y de los que desde fuera nos ven. Ella se poner roja y forcejea contra mí, contra la puerta, contra el mundo; también ruge y los ojos se le desorbitan, brama, empuja, pero su cuerpo no sale de aquel cepo. Yo no hago ningún esfuerzo dejando que sea ella la que lo intente, pero lo que no puedo evitar es que me dé un ataque de risa. Ella se poner aún más rabiosa, gira, contonea su cuerpo, patalea, grita y por fin, tras un movimiento muy fuerte y brusco, logra despegarse de mí y del marco de la puerta. Yo salgo disparado hacia atrás y caigo contra un buen hombre que me sujeta e impide que vaya al suelo. Ella tiene peor suerte, pues, por la inercia de semejante impulso, va dando traspiés hacia afuera, y cae en la acera donde queda tendida boca abajo y despatarrada, con la falda subida y mostrando, ante las miradas divertidas de todos, sus muslos gruesos de carne fofa y blancuzca, con gruesos rollos de grasa que le suben hasta las nalgas cubiertas

por unas bragas inmensas y rosadas. Y entonces le da un ataque de histeria. Sin levantarse del suelo patalea, llora, grita, me insulta como si yo fuese el único culpable, olvidando que ella puso la otra mitad (o más) de la culpa.

Ahora que disfruto de mis últimos días en la universidad, tendré que ir más a menudo por la Oficina de Empleo, cosa que me atrae mucho, pues no siempre se ríe uno tanto. Además, el recuerdo del contacto con el cuerpo blando y cálido de la mujer gorda, su contoneo violento y gritón, me excita mucho en mis noches solitarias.

VIERNES, 12

Hoy, mientras caminaba distraído por la calle, tropezaron conmigo un par de chicos que iban corriendo alocadamente, llevando a cuestas sus once o doce años como un motor de cien caballos de vapor. Casi nos caemos todos al suelo. Yo les di un par de voces enérgicas y ellos siguieron corriendo tras mandarme "a tomar pol culo". El resto del paseo lo hice pensando en que yo había sido así hacía pocos años, unos diez por poner un número redondo. Y ahora, sentado ante este diario electrónico y su pantalla de colores, que dibuja mis palabras como si las adivinase según las pienso, me vienen a la memoria algunas de mis vivencias de aquellos años.

Yo también corría alocadamente por las calles, como si toda la acera estuviese hecha para mí y a mi medida. Veía lógico que los demás se apartasen; de hecho, ni siquiera pensaba en ellos. Los insultos o reprimendas

ni los escuchaba, sólo entendía a alguno que me alzaba la voz en exceso o que incluso intentaba sujetarme tras el empujón. Entonces me desprendía del intruso molesto, seguía corriendo y gritaba: "¡A tomar pol culo!".

La vida en aquel entonces era extraña. Triste y alegre. Un minuto triste, y al siguiente, alegre. Y en ocasiones era ambas cosas en el mismo minuto. No tenía explicación. Ahora tampoco se la encuentro, verdaderamente. Aquellos extremos emocionales me deparaban inseguridad continua, pues no sabía lo que me procuraba pena o dicha. Lo que tenía claro era que correr como un loco era agradable, y al que se pusiese por delante, ya sabía lo que le esperaba.

Claro que no dedicaba todo mi tiempo a correr como un poseso. A veces me paraba y entonces era cuando sucedían cosas raras, que no entendía, que me ponían triste o contento o ambas cosas a la vez sin saber por qué. Una vez estaba sentado en un banco del parque y se acercó un adulto. Me sonrió y dijo que si le dejaba tocarme una pierna. No esperó mi respuesta y puso una de sus manos en mi muslo y comenzó a moverla muy suavemente. Tardé en reaccionar, tardé en saber qué tenía que hacer mientras él seguía frotando arriba y abajo su mano por mi muslo. Por fin, me levanté y comencé a correr sin entender muy bien lo que había pasado.

Ese mismo día, más tarde, estando castigado en la biblioteca de la escuela por motivos que no recuerdo, vigilado de cerca por mi maestra, ahora tan querida, aunque entonces no sabía qué sentir por ella, pues se me ocurre contarle el suceso del parque, y ella se escandaliza mucho y me pregunta si reconocería al hombre aquel. Recuerdo que fue entonces, al ver su enfado y susto, cuando sentí una mezcla de miedo y vergüenza, como si yo hubiese sido

el responsable de todo, aunque no entendía bien de qué culpa me sentía culpable. Ella, imagino que al verme tan azorado, se calmó y se me acercó hasta sentarse en una silla a mí lado. Nunca antes habíamos estado tan juntos. Entonces me dijo que jamás me fiase de los adultos, que ninguna sonrisa de nadie que fuese mayor que yo sería sincera, y que sólo a mi edad se decía la verdad, que de los adultos sólo podía esperar dolor, ya fuesen hombres o mujeres. "¿Y si alguno se me acerca?", pregunté con inocencia. "¡Corre!", contestó ella. No sé muy bien si me hablaba a mí o se lo decía a sí misma. Ahora pienso que aquella maestra era una mujer muy infeliz. Pero esa es otra historia.

MIERCOLES, 12

Hoy he ido a la biblioteca por la mañana. No suelo hacerlo, pues prefiero comprar libros o que me los presten amigos de confianza antes que convivir durante unos días con un libro usado por quién sabe cuántas manos y en qué condiciones (las condiciones de las manos, quiero decir). Sí, sí, me refiero a la higiene de las manos, que soy muy escrupuloso para esas cosas. Pues, como iba diciendo, estoy mirando en la estantería de libros nuevos las recientes adquisiciones de la biblioteca por ver si encuentro algo de mi interés que todavía no esté muy manoseado, y descubro un libro pequeño de intenso color azul, que sin saber por qué, sin motivo razonable alguno, llama mi atención. Lo tomo y leo su título: "Poesía en Azul". Leo el nombre del autor (autora, en este

caso): Isabel Alzamira. Y toda esta información no me sugiere nada, nada motiva mi vivo interés por aquel librito de poemas, que supongo recién editado debido a algún pequeño premio de poesía, conocido solo por cuatro poetas locos, o quizás su edición haya sido costeada por la propia autora; en cualquier caso, como en tantos otros, su desastrosa distribución y la nula venta, habría hecho que el libro acabase, al poco de editarse, en las estanterías que todo lo admiten: las de las bibliotecas. Pero el dichoso libro que tenía en mis manos y del que leía y releía el titulo y la autora, me atraía sin saber por qué. Recabé, en las primeras páginas, información sobre él. En efecto, era de publicación reciente, por una editorial desconocida, y los derechos de edición eran del autor (así que acerté al pensar que la poeta había pagado aquello que yo sostenía en mis manos). Leí, por fin, el primer poema: sencillo, superficial, con un punto de hermosura que lo salvaba. Y yo seguía sin saber el por qué de la atracción de aquel libro. Continué allí mismo con la lectura de varios poemas. Todos de lenguaje fácil y agradable, que hablaban de sentimientos puros, pero expresados de manera algo banal e infantil. Estaba bien, pero no era gran cosa. Llevé el libro para mi casa.

Por la noche, tras cenar, no salí a hacer mi habitual recorrido nocturno con amigos, amores y vino. Quedé en la habitación leyendo muy despacio todos los poemas del libro. Solo fui interrumpido en la lectura una vez por mi madre, que se empeñó en comprobar si tenía fiebre, pues es el único motivo por el que permanezco en casa en las primeras horas de la noche. Cuando por fin cerré la contraportada de "Poesía en Azul" seguía pensando que era un libro de poemas mediocres, cuya autora no sabía arañar su alma para encontrar los ángeles y los monstruos que engañaban sus sentimientos casi de niña. Pero el

libro se quedaba en mis manos, y no era capaz de soltarlo y dejarlo sobre una las estanterías llenas de libros y papeles, que en completo desorden cubren las paredes de mi habitación. Aferraba el libro como si temiese perderlo o que me lo quitasen. Por un momento temí que quisiese dormirme con él sobre el pecho, como el bebé que necesita su osito de peluche. Quizás tuviese razón mi madre y estuviese enfermo.

Desperté de madrugada, casi a la hora que normalmente regreso de mis correrías nocturnas y me entretengo escribiendo este diario. Nada más abrir los ojos supe que el libro estaba a mi lado. En efecto, junto al pecho, bajo mi mano, descansaba el libro azul. La obsesión que sentía por aquel poemario comenzó a asustarme. Era como si todas las previsiones de mi madre se fuesen a hacer realidad y yo acabase loco y tonto antes de "sentar cabeza" y ser un hombre normal, tal y como ella dice tres o cuatro veces por semana. Volví a abrir el libro. De nuevo comencé su lectura. Más despacio esta vez, degustando cada verso, cada palabra, buscando un sentido más profundo que el aparente, queriendo entender algo más de lo que en principio parecían decir tan sencillos poemas. Desistí de ello antes de finalizar por segunda vez la lectura de todos ellos. No había más que lo descubierto en la primera lectura. Cerré el libro y quedé mirando, con cara de imbécil resignado a la locura, la portada azul con el título y el nombre de la autora. Entonces, uno de esos ángeles, que yo también debo de tener en mi interior, me iluminó. Y es que la memoria es la facultad que menos desarrollada tengo, como cualquiera de mis profesores puede confirmar. Allí, sentado en la cama de madrugada, con un libro de poemas azul sobre el regazo, mis ojos se humedecieron como los de un bobo sentimental al recordar que cierto día, hacía ya unos cuantos años, yo

le había dicho a una niña llorosa, a la que le devolvía una libreta que antes había robado (una libreta llena de poemas escritos con letra clara):

-Isabel, escribes muy bien. ¿Sabes como titularía yo estos poemas tuyos?

No eran aquellos lejanos versos del cuaderno de la niña los que ahora estaban en el libro, por supuesto; eran otros sólo algo más adultos y elaborados (sólo un poco más), pero ella había mantenido el título que yo, emocionado por la lectura de aquellos primeros, les había dado.

MARTES, 13

Hoy he recibido la carta de todos los años. Lo cierto es que casi siempre me pilla por sorpresa, pero este año la estaba esperando. Me explico. Se trata de la reunión que casi todos los años organiza una especie de club de antiguos alumnos del instituto aquel del que tan solo recuerdo mis maravillosos catorce, quince y dieciséis años, las chicas, cuatro o cinco amigos, a cada cual peor, y un montón de curas, frailes o algo así, que siempre estaban atrapándote en el momento justo en que te disponías ha hacer algo que te gustaba. Y cuanto más te gustaba aquello por lo que te atrapaban, mayor era el castigo. Mis catorce, quince y dieciséis años los pasé castigado casi todo el tiempo.

Pues hoy, como todos los años, recibí la carta invitándome a esa reunión de antiguos alumnos. Y dije que ya la echaba en falta por que la semana pasada coincidió que vi a una antigua novia mía de aquellos tiempos

furibundos, divertidos y que, aunque parecían interminables, no duraron apenas nada. Al verla recordé aquel entonces y estas periódicas reuniones a las que nunca he ido, por cierto. Y la vi empujando el carrito de un bebe con una mano mientras con la otra sostenía una bolsa llena de cajas y envoltorios, y aún le faltaba otra mano para coger y controlar a un muchachuelo que corría en todas las direcciones menos a donde, a gritos, le indicaba su madre, mi antigua novia adolescente. La reconocí de inmediato, a pesar de estar tan cambiada, tan gorda, bueno, no, no estaba muy gorda, pero sí más que antes; a pesar de haberse cortado el pelo (¡ah, aquella melena suya derramándose por mis brazos!); a pesar de que antes no gritaba; a pesar de que ahora ya no usa aquellos imposibles tacones tan altos; a pesar de que ya no va pintada como una actriz de cine; a pesar de que sus labios ahora no imitan la sonrisa de una insinuación, a pesar de todo eso la reconocí. Nada le dije. La vi pasar y casi me oculto entre un señor que leía el periódico y una farola. Mantuve mi posición mientras la miraba alejarse, todavía escuchando sus gritos de reprimenda al pequeño que correteaba a su alrededor.

Creo que este año tampoco voy a ir a la fiesta de antiguos alumnos.

MIERCOLES, 7

Hoy no tenía intención de escribir nada en mi Diario Intimo. Me acosté a dormir temprano, pues debo de estar algo enfermo y no me apetecía salir a la aventura de la noche y el desenfreno. Y en efecto, me dormí al poco de

recostar la cabeza en la almohada. Probablemente, en vez de aquejarme alguna enfermedad lo que ocurre es que llevo muchas noches de dormir poco y celebrar mucho. En fin, pues que caí en el sueño como un tranquilo y sonriente querubín cuando no era ni de lejos la medianoche. Y entonces desperté. Eran las tres de la madrugada, hora habitual de mi regreso tras las juergas nocturnas, por lo que supuse que mi cuerpo, acostumbrado a ese horario, me pedía ir a evacuar aguas, ingerir algo sólido y acostarme hasta que el sol saliese y se elevase un buen trecho en el cielo. Pero no, no tenía hambre y no podía volver a conciliar el sueño. Lo único que dio resultados positivos fue la visita al retrete. Total, que me desvelé y no hacía más que dar vueltas y vueltas en una cama cada vez más revuelta e inhóspita. Me levanté, fui hasta el pequeño balcón que adorna la fachada a la que da el dormitorio y, como la noche no era fría, me acodé en su barandilla a ver pasar las luces de algún coche, quizás el último viandante apresurado o, en defecto de ambos, el camión de la basura, y si todo esto fallaba miraría al cielo buscando una estrella fugaz, cosa que por cierto, a pesar de mi intensa vida nocturna, jamás he visto.

Por las noches es sabido que el tiempo pasa distinto, o eso parece; más aún cuando estás sólo en un balcón esperando que te llegue el sueño o que, al menos, pasen los basureros para hacerte compañía visual. No sé cuanto tiempo estuve mirando desde el balcón hacia la calle, al cielo o a ninguna parte, pues a veces me adormecía sin darme cuenta, aún estando de pie como estaba. Y fue en uno de los sobresaltos, al despavilarme de un duermevela, cuando la vi en la calle. En ese despertar brusco me sentí caer, y por el susto abrí mucho los ojos, aferré las manos a los hierros de la baranda y miré con

miedo hacia la calle por ver si iba contra ella, entonces la vi iluminada por una farola de luz blanca. Era muy joven y el pelo suelto le resbalaba por la cara y ella lo apartaba cada poco con un gesto delicado. Su tez era muy blanca. Las facciones de su cara eran redondeadas y de suma delicadeza. Tenía en los ojos el brillo de toda la noche. Aunque prefiero dejar la descripción y resumirla diciendo que era tan bella que hubiese justificado mi caída por verla más de cerca. Por supuesto, lo más llamativo de aquella joven, a parte de la hermosura de su rostro, era el hecho de ir completamente desnuda, cosa que no creo haber mencionado aún. Pues así era, estaba en la calle, quieta, mirando hacia el frente, bajo la luz de una farola, y con el cuerpo blanco y delgado mostrando su desnudez a la noche y a los desvelados que se acercaban a las ventanas. De repente se puso a correr; lo hacía con rapidez y buen estilo, a qué negarlo. Pronto llegó al fondo de la calle y se perdió el brillo de su piel en el giro de la esquina que la ocultó. Sucedió todo con extrema celeridad, tanta que, por no tener tiempo a reaccionar, permanecí un buen rato agarrado a los barrotes de mi balcón, como si todavía me sintiese caer al vacío.

Que nadie diga ya que no he visto, en alguna de mis noches, una estrella fugaz.

VIERNES, 12

Hoy he llevado el coche al taller para cambiarle el aceite, sustituir no sé qué filtros y hacer varios ajustes de no sé qué piezas. Un día tengo que hablar

de mi viejo Seat 600, que lo aplauden desde las aceras cuando pasa, como si de un dinosaurio viviente se tratase. En el taller siempre tengo que soportar las chanzas sobre la vetustez del automóvil y lo bien que estaría en un museo. No me importan esos comentarios. Me río con los mecánicos y los mando a la mierda para que callen. Pero no es del apreciado *seiscientos* de lo que hoy escribo, sino de la dueña del taller, o por mejor decir, de la mujer de Pepe, el dueño. Rosa es mucho más joven que Pepe, y es la que atiende la oficina, la que te hace las facturas y con la que discutes a la hora de pagarlas. Si la discusión pasa a mayores entonces interviene Pepe; pero en mi caso las negociaciones siempre acaban con Rosita. Ella cede un poco y yo pago el resto. A pesar de su mal genio, siempre es muy comprensiva conmigo.

Bueno, sigo con lo que había comenzado a contar. Cuando metí el *seiscientos* en el taller, me extrañó que ni Pepe ni los dos ayudantes que tiene estuviesen por allí, así que voceé hacia el cuartucho que en el fondo del local tienen destinado a la oficina, que es donde habitualmente está Rosita con los libros de cuentas y las facturas. Al oírme, salió ella gritando a su vez:

-¿Qué carajo pasa?

Total, me explicó que Pepe y los ayudantes habían salido un momento a recoger un par de coches y que volverían pronto, que esperase. Y esperé, pero dentro de la pequeña oficina de Rosita, para ir negociando el pago de la factura, aunque esta aun no existiese.

Dentro del pequeño recinto destinado a la oficina de Rosita, el calor en verano es agobiante. Al poco de estar allí dentro comencé a sudar, y noté que ella también tenia la frente perlada de gotitas y los pómulos brillantes; quizás por eso estaba de mal humor, aunque lo cierto es que ese es su estado más

habitual. Se quejaba de todo, del calor, de que se fueron dejándola sola, del trabajo, de que si llegaban clientes no había nadie para atenderlos…

-Pues cierra el portón de entrada, mujer, hasta que llegue Pepe -le dije.

Se quedó pensativa un momento y me dio la razón. Entre los dos bajamos la gran puerta de entrada al taller y volvimos a la oficina, donde ella siguió quejándose del calor, de que Pepe siempre la dejaba sola y más cosas. Yo escuchaba tranquilamente mientras la miraba. Cuando Rosita está enfadada, y lo está casi siempre, se le pone una cara de niña cabreada que me resulta muy simpática. Entre eso y que le miraba las rodillas por debajo de la mesa, estaba entretenido mientras esperaba mi oportunidad para hablar del pago de la futura factura. Entonces, de repente, Rosita dejó de quejarse. Se quedó callada mirándome atentamente. Metió en la boca la punta del bolígrafo con el que hasta entonces no había parado de escribir. Lo chupaba y lo mordía y pasaba su lengua por uno de los extremos. Me puse nervioso.

-Tú estás muy bien -dijo. De pronto se me quitó toda preocupación. Nos adentrábamos en un *terreno* que conozco bien. Y entonces ella añadió:

-¿Sabes guardar un secreto?

-Claro que sí. Un secreto no se lo cuento ni a mi Diario.

SABADO, 2

Hoy he pasado por una experiencia que creo muy pocos hombres han padecido. Hoy han intentado prostituirme. Me explico. Estaba en la biblioteca

de mi ciudad leyendo por encima un libro sobre *inteligencia emocional*, eso de que no es más listo el que más sabe, si no el que más *siente.* Bueno, quizás no esté bien explicado, pero es que no leí entero el libro, ni mucho menos, pues poco pude hacerlo hoy, como enseguida escribo.

En la biblioteca, a horas tan tempranas de la mañana, había poca gente. De hecho era sorprendente que yo estuviese allí, pues no soy ni mucho menos madrugador, pero la noche anterior me encontraba sin una mísera moneda en el bolsillo. Mi padre se había mostrado inquebrantable, mi madre puso su mirada en el cielo sin decir nada y ninguno de mis amigos o amigas contestó al teléfono. Total, que no salí a bucear en la noche y me acosté temprano. Por cierto, que debo de estar haciéndome mayor, pues antes no me impedía salir de juerga la falta de dinero. He de meditar sobre esto otro día.

Iba diciendo, si no he perdido el hilo de lo que escribía, que me encontraba en la biblioteca hoy por la mañana, cuando se me acercó una amiga a la que hacía tiempo que no veía, y nos saludamos. Ella me dijo: "¡Qué caro te vendes, guapo!". Y yo, siguiendo la broma, le contesté: "Cada día me cotizo más". Después nos dimos un beso en la mejilla y nos prometimos tomar una copa no recuerdo ya dónde. Hasta aquí todo bien. Pero al poco rato se me acerca la bibliotecaria de las mañanas, a la que casi no conozco por ser asiduo de la biblioteca por las tardes, cuando ella no está. Esta buena mujer, de edad indefinida (al menos para mí, que soy muy torpe adivinando años), aunque sospecho que esté entre los casi cuarenta y los todavía no cincuenta, que tiene un físico pequeño, esquelético, con unas piernas algo torcidas y tan finas que parece vayan a quebrarse en un mal paso, que tiene una cara de ojos pequeños y nariz grande, gracias a la cual sus gafas enormes hallan buen

asiento, en fin, que la señorita bibliotecaria no tiene los dones que en este fin de siglo admiramos en una mujer (quizás en otra época, pues los gustos cambian, sea idolatrada, no sé), pues que la dama en cuestión se allega a mí, y en voz muy baja, me dice:

-Así que usted es uno de *esos.*

Ahorraré describir mi desconcierto y las explicaciones que ella me dio para hacerme entender a lo que se refería con la palabra "esos". Todo provenía del malentendido que dio a las frases de saludo que intercambiamos mi amiga y yo anteriormente, claro. Pues el caso es que la pobre señorita bibliotecaria me confundió con un prostituto. Uno de *esos,* ¡vaya! Así que la veo ponerse muy colorada, sacar de su bolsa una cartera y rebuscar en ella, contando lo que hay en su interior, aunque sin sacarlo. Por supuesto, comienzo a intuir lo que pretende. Imagino que tiene una de sus últimas calenturas y que está dispuesta a cometer lo que para ella será la mayor locura de su vida. Lo lógico y correcto y caballeroso por mi parte hubiese sido deshacer el malentendido rápidamente, e irme corriendo para hacer lo más corta posible su vergüenza, pero… pero me tentaba saber en cuanto me iba a valorar la dama aquella. Así que esperé sin decir nada, prolongando la confusión, hasta que ella me ofreciese la pecunia en la que me preciase, y después ya saldría del atolladero haciéndome el sorprendido y hasta el indignado. Pues así estábamos. Ella recontando el dinero de su cartera y mirándome de reojo, y yo divertido a su lado esperando acontecimientos. Por fin, ocultando su monedero en el bolso precipitadamente, la tímida bibliotecaria me dice, bajando más la voz, tanto que casi ni la oigo:

-Diez mil pesetas.

Yo pongo cara de sorpresa, y ella enseguida rectifica:

-Quince.

Como mantengo mi silencio (por ver si mi cotización y estima suben), añade, ya roja como un tomate maduro:

-Veinte, pero sólo si admites cheques. Y nada más.

Por fin me decido a sacarla de su error, ya satisfecho con que se me valore tanto como a una puta de medio pelo (clase media, por decirlo más fino). Entonces ella queda muda, mirándome con sorpresa y después con terror. Debí de adivinar lo que iba a pasar, pero soy de reflejos lentos, de mente algo torpe, como casi todos mis profesores pueden confirmar. Ojalá sea cierta la teoría de la *inteligencia emocional*, pues de esa debo de tener algo, por que de la otra…Quedé allí para consolarla o para tranquilizarla o para darle algo de cariño, no sé, el caso es que cuando tendí mi mano para tocar su brazo intentando transmitir un poco de apoyo, comprensión y aprecio, ella empezó a gritar histérica llamándome *guarro* y *gamberro* y *sinvergüenza* y otras cosas por el estilo.

Hoy, por supuesto, me han expulsado de la biblioteca.

VIERNES, 21

Hoy tuve un sueño que me hizo despertar con sobresalto. Quizás por eso he madrugado, cosa muy poco habitual en mí. Y por eso escribo mi Diario por la mañana temprano, cuando lo normal es que confiese mis tonterías por la

noche, más bien de madrugada, cuando llego a casa en un estado de lucidez lamentable. Así escribo como escribo. Pero da igual; total, ¿quién lo va a leer?. Pues como decía, hoy de madrugada, al poco de acostarme, tuve un sueño que me despertó y me mantiene en vela hasta ahora mismo al menos, momento en el que tecleo esto. Después intentaré dormirme, porque esta luz matinal del exterior siempre me ha desconcertado profundamente. Será la falta de costumbre por no verla casi nunca. "¡Qué bonito es el amanecer!", me dijo una vez con sorna un amigo albañil en pleno invierno. Yo no habría empleado la ironía con mejor fundamento.

Había comenzado hablando del sueño que me desveló. De eso quería escribir. Pues resulta que tras una noche estupenda, que se inició con un par de amigos charlando en torno a una botella de vino y unos trocitos de jamón, y que siguió (la noche, quiero decir) con el encuentro de mi adorada prima (de la que alguna vez he escrito), la cual ya sabe mucho más que yo de cualquier cosa, pues si hubo un tiempo en el que le enseñé algo del lenguaje de los cuerpos desnudos, ahora es ella la que puede enseñarme a mí en varios idiomas ese lenguaje. Y así acabó la noche, con la mente contenta por el vino y el jamón y por las sonrisas de mi prima, a la que cada vez quiero más, por que siempre me gustaron especialmente las mujeres que en lugar de gemir, ríen. Te alegran la noche, sinceramente. Y tras todo esto llegué a casa de madrugada, como casi siempre.

Me dormí pronto. Curiosamente no tenía ganas de escribir, aunque había decidido contar al Diario algo sobre mi prima, incluso había pensado mencionar el vino y el jamón que degusté con mis amigos, pero el sueño me ganó, y tras quitarme los zapatos y el pantalón, sin tan siquiera desprenderme

de ninguna otra prenda, o sea, en camisa, calzoncillos y calcetines (¡qué ridículo! ¿verdad?) me tumbé en la confortable y mullida cama, y al instante el más profundo de los sueños me abrazó con deleite. Y poco después desperté violentamente, casi como en las películas (aunque en el cine lo exageran un poco). Di una especie de bote en la cama y abrí de par en par los ojos. Enseguida encendí la luz para comprobar dónde estaba.

Ahora que lo tengo fresco en la memoria, relataré mi sueño, pero temo que algunas partes del mismo ya se han ido por el sumidero del olvido. Aun así, esto es lo que, con alguna laguna mental, recuerdo.

Yo estaba hablando seriamente con un ángel en la azotea de un edificio muy alto. Abajo las calles eran lejanos surcos entre edificios tan enormes como en el que el ángel y yo estábamos. El ser celestial tenía alas blancas, por supuesto, y su cara era algo andrógina; lo cierto es que parecía un travestí guapo o una mujer atractiva, pero de rasgos algo duros. Pues bien, él y yo estábamos hablando del sexo de los ángeles. Me parece que yo intentaba que se desnudase para comprobar de una vez por todas si tenía solución el misterio de esos alados seres. Pero él se reía y se alejaba y se acercaba en pequeños vuelos por la azotea. Nunca se iba del todo, pero tampoco dejaba que yo me acercase demasiado. Sonreía y volaba, alejándose, y volvía a volar para acercarse. Así durante un buen rato. Yo le decía que se quitase la túnica blanca de forma machacona e insistente. El sueño ahí se hace algo confuso y no sé escribirlo con detalle. En un momento dado, el ángel me está dando la espalda y pienso que no me ve, entonces me allego hasta él por detrás, y ya no estamos en una azotea, si no en medio de la calle, rodeados de mucha gente

que nos mira en silencio. Pues bien, yo estoy detrás del ángel y estiro mi mano hacia su túnica, la sujeto con fuerza y doy un tirón violento quitándosela como por arte de magia. El ángel se encoge sobre sí mismo, se agacha, hunde su rostro entre las rodillas dobladas, cubre parte de su cuerpo con las alas y comienza a llorar. La porción de cuerpo que se ve, a pesar de tal postura y de las plumas, es la de un cuerpo femenino perfecto. Pero no estoy aún seguro de su sexo. Me pongo a su lado, me agachó yo también y, cogiendo su cabeza, la elevó de su refugio en las rodillas. Es un rostro completamente femenino ahora, aunque esté algo deformado por el llanto. Pero sigo con mis dudas. Entonces me pongo en pie y sujeto al ángel por los hombros para incorporarlo y verlo en toda su desnudez. De repente el celestial ser se levanta de un salto y se abraza a mí, quedando estrechamente unidos el uno al otro. Nada se vio con claridad por ser un movimiento tan brusco, por lo que el público que nos rodea parece decepcionado. Pero el ángel se aprieta contra mi cuerpo con más fuerza cada vez; cada rincón del suyo halla aposento en el mío. Me quedo sin aire por tan firme sujeción. Y despierto violentamente buscando oxigeno para mis pulmones.

Ahora, ya desvelado completamente, creo que uno de los misterios más angelicales, ya no lo es tanto para mí y para mi Diario.

LUNES, 2

Hoy he llegado borracho a mi casa. No es que suela llegar muy lúcido otras noches, pero hoy creo que me encontraba especialmente bebido. Ahora tengo las ideas muy confusas, tras dormir infinitamente, ducharme, tomar dos analgésicos y aguantar las voces de mi madre. Lo cierto es que decir "hoy he llegado…" no sé si se atiene a la verdad del calendario, pero no creo que sea un dato importante para este diario las horas que he dormido y de cuando data mi entrada en casa y el inicio de esta historia. Por cierto, que al emplear la expresión "mi casa" me vienen a la mente los gritos de mi madre y las miradas de mi padre, que dice lo mismo, pero en silencio. "!Ya eres mayorcito para llegar así a nuestra casa, ya tienes edad para ir buscando un trabajo, para ir *sentando cabeza*, para ir independizándote, que vamos a tener que llevarte al asilo de ancianos con nosotros cuando no nos valgamos", dice mi madre con su sentido del humor tan peculiar. Y es que esta noche me parece que di un tremendo escándalo al entrar en la casa paterna con mi monumental borrachera. Pero tengo una disculpa. Esta noche he tenido que beber para olvidar. Ya, ya sé que no es la exculpación más original del mundo, pero es cierta.

Todo empezó cuando estaba en casa de un amigo, Pedro, concretamente, escuchando unos discos que le llegaron por correo. Música electrónica, con muchos ruidos indefinibles y repetitivos, que cuando menos lo esperas cambian el tono o el ritmo, pero que enseguida vuelven a repetir el mismo esquema musical y así hasta que desfalleces. Bueno, a Pedro y a mí nos gusta. Pues estábamos en su cuarto, escuchando esa música, cuando

llega Begoña, una amiga común, y nos dice que se ha enterado de que Andrés, otro amigo de todos nosotros, se ha ido a la India en un viaje que dijo iba a ser iniciático y de duración indefinida. Nos contó que no había tenido tiempo de despedirse de todos sus amigos, pues casi se fue huyendo por no soportar la presión familiar para que se quedase a terminar los estudios y esas cosas. Cuando Begoña contaba esto, yo pensaba que mis padres incluso me pagarían el pasaje de ida si les dijese que voy a la India o a cualquier otro sitio lejano. Pues como decía, Begoña nos fue contando las inquietudes espirituales de Andrés, que al fin y al cabo ya conocíamos, pues siempre estaba con sus lecturas sobre yoga y esas rarezas. Y cuando ya nos cansaba la buena de Begoña con sus historias de la iniciación espiritual de nuestro amigo ido, fue cuando nos soltó:

-¿Y a que no sabéis lo más de lo más?

Claro que no sabíamos tal cosa, fuese la que fuese, así que a la retórica pregunta de nuestra amiga respondimos con la expresión de pasmo más absoluto. Y entonces fue cuando ella dijo que mi prima, ya alguna vez he escrito sobre ella en el Diario, se había ido a la India con Andrés. Creo que se me notó en la cara el golpe que recibí. Begoña estoy seguro de que lo notó inmediatamente, porque miró a Pedro y le hizo una seña con los ojos, y Pedro me miró pero no dijo nada. Ambos guardaron un repentino silencio y comenzaron a desviar sus ojos para cualquier lado menos hacia mí. Mi cara debía de ser un poema triste, se me debía de notar todo lo que sentía. No recuerdo muy bien, pero creo que me fui de su lado sin despedirme siquiera; sólo la imagen de mi prima, perdida para sabe Dios cuanto tiempo, ocupaba

toda la capacidad de pensar que tenía en ese momento. Noté que tenía los ojos húmedos, pero nunca me he avergonzado de llorar.

No quiero escribir en el Diario el amor por mi prima, pues ya lo he dicho otras veces, aunque solo fuese de pasada. No quiero contar al Diario el dolor por sentirme abandonado sin haber recibido ninguna palabra suya, sin despedida alguna. No quiero pensar en mi estupidez tantas veces al besar a otras delante de ella, mientras todos, ella también, nos reíamos. Claro que ella siempre ríe. No quería, esa tarde al salir de la casa de Pedro, pensar en ella. Necesitaba no recordarla, y era incapaz de lograrlo.

Ya dije que llegué a casa de mis padres borracho y sin haber olvidado nada, pero al menos los gritos de mi madre, desesperada porque vomité de nuevo sobre su alfombra del pasillo y también porque teme tener que aguantarme indefinidamente toda su vida, me distrajeron un poco de mis pensamientos.

Ya sé que en el fondo mi madre me quiere. Creo que mi prima también. La vida sigue.

MIERCOLES, 14

Hoy he encontrado trabajo. Cuando se lo dije a mi madre no lo podía creer, por eso ha decido ir al cine esta tarde. Me explico. Me han contratado de acomodador en un cine, y quiere comprobar que estoy allí. Es una suerte encontrar un trabajo así, pues tengo un sueldo fijo al mes y treinta días de

vacaciones y cotizo a la Seguridad Social. Por supuesto, dejaré de pedir dinero a mis padres, que es el motivo de alegría de mi madre. Yo creo que también estoy contento porque siempre me ha gustado el cine. Claro que mis estudios de filología española sospecho que van a tener un desarrollo muy pequeño en la labor de acomodador de cine. Da igual, pues al fin y al cabo mis conocimientos al respecto no son muy profundos que digamos (al respecto de la filología, quiero decir). Opinión que seguramente comparten todos los profesores que he tenido.

Y lo curioso es que he encontrado el trabajo gracias a un profesor de antaño. Uno que tenía una hija muy tonta pero muy guapa, que se creía (la hija) la cosa más importante de este mundo, y que era muy remilgada y muy pulcra y muy cursi y que pensaba que estaba por encima de todos, sobre todo por encima de gente como yo. Verdaderamente, ahora que pienso en ella, recuerdo que era parecida a su padre (mi profesor) pues tenía ideas muy sobrevaloradas sobre sí misma y muy disminuidas sobre mí y el resto del mundo. Aunque, bueno, la historia de la hija de mi profesor prefiero no contarla al diario, pues no es uno de los episodios más gratos para el recuerdo, sobre todo si tuviese que narrar con detalle cuando ella, desnuda en la cama y mirándome fríamente, me exigió ("por tercera y última vez", dijo) un certificado médico antes de… Será mejor que lo dejemos. Como decía, el profesor ese es amigo del dueño de una cadena de cines, y cuando la descarada de mi madre le telefoneó pretendiendo que me recomendase para algún puesto en una academia o "algo así", mi profesor le dijo que sabía del trabajo más adecuado a mis capacidades.

Bien, como dije, siempre me gustó el cine, así que… ¿por qué no estar agradecido?

Lo cierto es que sospecho que el padre de la nena tonta se está riendo ahora mismo de mí y del trabajo que me consiguió. Un día quizás le cuente cómo su hija (sin gafas, porque es algo miope) confunde un carnet de donante de sangre voluntario con un supuesto certificado de control de venéreas.

DOMINGO, 6

Hoy he visto a una anciana andando en sentido contrario a donde debería de ir. Bueno, ya sé que me estoy explicando mal. Vamos a ver si lo hago mejor. Intentaba escribir que hoy he ido de visita al hospital. El hospital en cuestión está situado al lado de un río; lo separan del agua un espacio ajardinado intransitable por estar lleno de arbustos muy tupidos, a parte de una pequeña valla que sirve para recordar que por allí no se debe de pasar, y después del parque hay otra verja más grande de hierro justo al borde del río. Pero cuando sales del hospital nunca vas en esa dirección, pues las casas y las calles están en el otro sitio, y además, si quisieras ir a ver el río tendrías que atravesar el jardín del hospital y pisar sus abundantes flores, además de saltar la valla que sugiere la prohibición del tránsito. Por todo esto, cuando la gente sale del hospital siempre gira a su derecha, en dirección a las calles y las casas que comienzan enseguida y que absorben a todos los que huimos de aquel lugar de enfermedad y dolor (¿se nota que odio los hospitales?).

Hoy, decía, cuando me iba, tras hacer una visita de cortesía a un familiar ingresado en el hospital (el pariente en cuestión ya está fuera de peligro, si es que hay que contarlo todo), vi a una anciana que se iba cuando yo, y que giraba hacia donde no lo hacía nadie. Se iba hacia la izquierda, hacia la pequeña valla que delimita el jardín, tras el cual se llega al río. No sé qué note en su caminar lento y un poco torpe, o quizás lo percibí en su rostro extremadamente serio de ojos idos, perdidos en un punto lejano que ninguna otra mirada alcanzaría. No lo sé, pero quedé quieto a la espera de que llegase a los pequeños hierros que indicaban el inicio del jardín del hospital. La anciana pasó por encima de ellos, cosa que no se hacía difícil, pues eran muy bajos. Después llegó hasta un matojo espeso o arbusto pequeño, no sé, lo siento, pero no soy perito en la materia de jardinería; en ese lugar quedó atrapada. Ella intentaba seguir, pero las ramas, de retorcidos y gruesos tallos, o lo que aquello fuese, la retenían y casi la inmovilizaban; se enrollaban en torno a su cuerpo o más bien era ella la que se adentraba en ellos y se enroscaba en la mata de vegetación mencionada. Y allí quedó detenida, haciendo leves giros, como intentando desprenderse del arbusto, como buscando una salida. Y su rostro serio tenía ahora una expresión de leve angustia, casi más bien de desorientación, de incomprensión ante el camino entorpecido. Su mirada, en cambio, no había variado, continuaba mirando lejos, más allá del jardín, del hospital y el río.

No sé por qué cuento esta tontería al Diario. No es algo gracioso ni tiene trascendencia alguna en mi vida. No lo sé. Pero acabaré de explicar el suceso, ya que lo he comenzado.

Corrí hacia la vieja y la cogí por un brazo para ayudarla a salir de entre aquellas ramas. Ella no opuso ninguna resistencia a mis leves empujones y pronto quedó libre de la trampa. Después la conduje hacia la salida del jardín. Saltamos juntos la pequeña valla y pasamos frente a la entrada del hospital para dirigirnos a las calles de la ciudad. Por supuesto, mientras hacíamos todo esto, yo le preguntaba que a dónde iba, que dónde vivía, que si alguien la esperaba en algún sitio cercano. Ella permanecía muda.

Cuando íbamos a salir del recinto hospitalario y llegar al inicio de una de las calles de la ciudad, se nos acerca un tipo uniformado y me dice que hemos destrozado un arbusto del jardín y que ha presentado una denuncia en contra nuestra, por tanto hemos de abonar una cantidad de dinero en concepto de multa.

Y ahora no sé explicar por qué tome aquella decisión, por qué hice aquello, por qué dije que acompañaba a mi madre y que si algo había que pagar por los perjuicios ocasionados, que pasasen la factura al residente de la habitación numero X, que era mi padre y por tanto el marido de la anciana que produjo el estropicio en el jardín. Por supuesto mostré la tarjeta en la que se indicaba la habitación donde está mi pariente, el cual se va a sorprender mucho cuando al final de su pronto restablecimiento le pasen la factura. Bueno, cuando sepa que es culpa mía dirá lo que dicen todos mis parientes: "¡El cabrón ese ya ha hecho una de las suyas!".

El final de esta historia es muy sencillo. Tras irse el guardia que nos había multado, llegó corriendo una mujer, gritando: "¡Mama, mama!". Y dijo que se había vuelto a escapar, que su anciana madre siempre se escapaba en dirección al río. Me dio las gracias por la ayuda.

Yo quedé viendo como se alejaban las dos. La anciana seguía muy seria y mirando lejos. Estoy seguro de que en ningún momento me vio.

VIERNES 25

Hoy tuve que hacer unas gestiones (que no vienen al caso) en una oficina, y lo que en un primer momento parecía que iba a ser un trámite sencillo y vulgar, acabó por trasformarse en un delicioso hallazgo. Comenzaré por el principio.

Al entrar en la referida oficina, veo frente a mi dos sendas mesas con dos jóvenes chicas. Una está atendiendo a una anciana sentada frente a ella; la otra no tiene ningún cliente, pero se encuentra hablando por teléfono. Quedo de pie a la espera de que una de las dos termine, ya sea de atender a la clienta, la una, o de hablar por teléfono, la otra. Así tengo tiempo de observarlas detenidamente a las dos. La que está con la vieja es muy expresiva, mueve mucho las manos al hablar, ríe o hace gestos con la cara, se aparta el pelo abundante y suelto con un gesto rápido de ligero disgusto, como si no pudiese perder el tiempo en ello; va maquillada en tonos oscuros y rojizos. Y de cuando en cuando desvía la mirada de la vieja hacia mí. La otra tiene el pelo cortito, su cara es pequeña y va sin maquillaje alguno; realmente, todo en ella es pequeño, los ojos, la boca, la nariz, las orejas (le vi una al apartarse la corta melena para colocar mejor el auricular); apenas habla, y si lo hace es con voz muy baja. No me ha dirigido la vista desde que entré.

Pues así estaban las cosas. Permanecí de pie frente a las dos mujeres hasta que de pronto una colgó el teléfono y la otra tendió la mano a la anciana en gesto de despedida. Como el acto de colgar un teléfono es más rápido que el de despedirse de una persona (sobre todo si ésta habla despacio y dice "hasta luego, parece que va a llover si no me equivoco y yo nunca me equivoco con el tiempo, etc., etc."), pues inicié el acercamiento hacia la joven que describí como de cara pequeña. Estaba a punto de sentarme frente a ella, cuando la otra, habiéndose deshecho ya de la anciana, me dijo, indicándome con un gesto la silla de su mesa que había dejado libre la vieja: "¿qué desea el señor?". Las dos jóvenes empleadas se miraron una a otra y después volvieron sus caras hacia mí. Era yo el que tenía que elegir. ¡Qué momento más sublime! Era yo el que tenía que escoger una y despreciar otra. Duró unos segundos, pero fue esa sensación de poder despreciable y machista con la que ningún hombre inteligente puede estar de acuerdo, pero que tan grata resulta (juro por todas las mujeres que me despreciaron alguna vez, que no soy machista, aunque tampoco muy inteligente, dicho sea de paso).

Elegí a la del teléfono, a la de cara pequeña y ojos pequeños y… Todo lo tenía pequeño, también sus pechos, que resaltaban un poco el ajustado suéter, y que eran dos puntiagudas cimas que podrían abarcarse cada una por completo con la boca (al fin y al cabo, yo la tengo, la boca, muy grande). En eso estaba pensando cuando tomé asiento frente a ella y mientras la otra desviaba la cara con un gesto que no describiré por no haberlo visto bien, ya que me estaba concentrando en la que tenía delante (cosa que siempre hago, pues no pierdo nunca la atención de lo que me interesa).

Bueno, la muchacha comenzó a explicarme (tras yo exponerle el motivo de mi visita) las cosas que tenía que hacer. Que si rellenar un impreso, que si facilitar unos datos… Yo no me enteraba de nada, tan sólo me fijaba que ella, al hablar, lo hacia muy bajo y de manera insegura, con pausas continuas para mirarme, como si temiese decir algo inconveniente y necesitase ver que yo seguía allí para asegurarse de que lo estaba haciendo bien. Miraba de continuo un papel que había puesto delante de mí, y que se suponía que yo tendría que rellenar con una serie de datos, y alzaba un poco la mirada hacia mí, como ya dije, pero sin elevar apenas la cabeza, con ese gesto de humildad, timidez y temor de quien está esperando un golpe o una reprimenda.

Yo apenas me enteraba de lo que me decía, aunque ella se explicaba y se explicaba Pero es que mi único interés en aquel momento era hacer que ella perdiese ese miedo extraño que la ahogaba. Por fin, cuando estaba tartamudeando un poco al decirme:

-Su… su… su apellido completo ha de…

Entonces fue cuando la interrumpí:

-Todos los datos que necesitas de mí están en mi mano.

Y puse esa mano mía sobre la suya, que estaba señalando el papelito aquel que yo tenía que rellenar. Ella quedó muda y quieta. No retiró la mano, pero ocultó su vista fijándola concienzudamente en el documento de papel que unía nuestras vidas y nuestras manos en ese momento. Yo también enmudecí y apreté un poco más mi presión sobre sus pequeños dedos de piel suave y muy cálida. No sé cuánto duró aquel gesto, aquella situación extraña y atípica. De pronto, la otra, la de la mesa de al lado, dijo con voz chillona y enérgica:

-¿Te ocurre algo, Trini?

Se llamaba Trini la tímida y pequeña paloma que sujetaba en mi mano, aunque por poco tiempo, pues en cuanto escuchó los chillidos de su compañera, apartó la suya y, sin mirarme nunca, comenzó a hablar muy rápido, de manera nerviosa, diciendo con voz neutra y profesional, que ella rellenaría aquel documento, que yo sólo tendría que firmar, que… Y así, bajo la atenta mirada de la que estaba en la mesa de al lado, dimos, Trini y yo, feliz término a la gestión que me había conducido a aquel lugar.

Salí de la oficina descrita convencido de que la historia entre la temerosa Trini y yo no había hecho más que comenzar. Ella aún no lo sabía, creo, pero puede que sí lo sospechase. En cualquier caso serán aconteceres narrados en otra hoja del Diario, otro día. A no ser que el olvido o la desgana eviten este despilfarro de palabras.

JUEVES, 1

Hoy me he golpeado en la cabeza. Hoy pude haber muerto. La muerte puede llegar de la forma más tonta y sencilla, incluso podría decir que de forma casi vergonzosa por ser tan tonta y tan sencilla. Y es que cuando la muerte llega en una acto de violencia suprema, como en la guerra o en una atentado terrorista o a manos de un malvado atracador nocturno o incluso en un aparatoso accidente de circulación, parece que el muerto cobra una dignidad heroica. O cuando esa muerte lo es a causa de una de esas enfermedades horribles que llenan los hospitales, como corazones que lentamente se

detienen, cánceres que poco a poco corroen los órganos vitales, pues la muerte, así, también crea en la víctima un halo de mártir que nos provoca tanto la pena como, incluso, la admiración. Pero en mi caso, si llego a fallecer por lo que me ocurrió hoy, habría sido por una tontería tan grande que motivaría la risa y no el asombro. Lo contaré a mi Diario, que está acostumbrado a mis mayores estupideces. Una más no creo que le importe.

Me encontraba en el baño lavándome. Cuando me ducho, primero mojo completamente el cuerpo, después froto con el jabón por todas partes menos por el cabello; cuando tengo todo el cuerpo enjabonado (sin olvidar la planta de los pies, que mucha gente descuida) es cuando dejo la pastilla de jabón y agarro el champú, entonces derramo un buen chorro en el pelo y lo froto hasta que la abundante espuma chorrea por el cuello, la espalda y más abajo, y también por la cara, el pecho, la barriga y más abajo. Me gusta que cubra toda la cabeza la espuma del champú, la cara toda como si estuviese sumergido en un liquido cálido, en un mundo aislando del mundo, en un vientre que fuese todo mi mundo.

Y entonces sonó el timbre del teléfono. Cuando estaba embadurnado de jabón desde las orejas hasta la planta de los pies, cuando la espuma del champú formaba un manto sobre mis cabellos y mi cara, metiéndose por los entrecerrados ojos, cuando soñaba estar aislado en mi mundo anterior a este mundo… suena y suena con insistencia interminable el teléfono. Recuerdo perfectamente que salí de la bañera con indignación, que tanteaba con las manos para no tropezar, pues los ojos, al abrirlos, me escocían; recuerdo que el teléfono sonaba y sonaba; recuerdo perfectamente que, ya en el pasillo, a

dos metros del estridente aparato que me llamaba, todo dio un giro inverosímil y violento.

No sé lo que estuve inconsciente, allí desnudo y enjabonado, panza arriba en medio del pasillo de la solitaria casa. Cuando desperté, ya el teléfono había dejado de sonar; sobre mí, la pequeña lámpara estaba borrosa. No me dolía nada, pero no podía levantarme, aunque lo intentaba, pues los músculos tardaron en obedecerme. Después de tres o cuatro intentos logré sentarme y vi la mancha de sangre en el lugar donde había reposado la cabeza. Me asusté, pues parecía mucha, aunque seguía sin notar molestia alguna (el dolor empezaría un poco después). Entonces se abrió la puerta de la calle, y mis padres quedaron quietos, mirándome con los ojos muy abiertos desde ella. Tardaron en reaccionar, y cuando lo hicieron, antes de venir corriendo hacia mí, mi padre, aún aturdido por la inesperada visión, preguntó:

-¿Pero qué haces ahí sentado?

Yo, mucho más desconcertado, tan sólo atiné a decir:

-¡Felicidades! ¡Ha sido niño!

MIERCOLES, 4

Hoy una bella mujer me ha dado tres oportunidades y no he aprovechado ninguna. Bien cierto es que fueron insinuaciones sutiles, vagas, difuminadas entre gestos ambiguos y aparentes casualidades. Y por supuesto yo, en un primer momento, no me enteré de nada. Ahora bien que lo siento,

pero ya es tarde. Mi torpeza y mi olfato nulo ante la insinuación femenina ya tienen fama. Sinceramente, creo que si tengo éxito con las damas es sólo porque las hago reír. Se ríen de mi torpeza, seguramente.

Todo comenzó en la cola de la ventanilla de un banco al que iba para aclarar por qué me cobraban un importe en concepto de comisión mayor al saldo que yo tenía. No, no soy muy ducho en cuestiones de dineros ni de números, pero esa es otra historia. Decía que todo comenzó en la cola de la ventanilla del banco. Ella estaba justo delante de mí, y detrás yo tenía a un hombre gordo, nervioso y torpe que no hacia más que moverse y estirar su cuello corto para ver qué ocurría más adelante, así hasta que me empujó y no pude evitar irme contra la bella. Fue un encontronazo leve, sin importancia. Ella se giró y me miró, y yo me disculpé con una sonrisa y un gesto indicando a mi vecino trasero. Ella sonrió también, y en el movimiento de sus cejas y sus ojos quise notar que entendía mi muda explicación. Nada nos dijimos, y la hermosa volvió su cara al frente. Pasaron dos o tres minutos y le tocó el turno frente a la ventanilla, entonces, antes de dirigirse al empleado del banco, se volvió y me dijo:

-Si tienes prisa, te cedo el turno.

Con sorpresa dije que no, que no tenía prisa, y de nuevo señalé con un gesto al gordo de detrás mío, indicando que era él el del apresuramiento y los empujones. Ella otra vez sonrió y se encaró hacia el mostrador y la ventanilla donde comenzó a hablar en voz muy baja con el que, ya algo impaciente, atendía al público en tal lugar. Pronto terminó mi admirada desconocida de despachar con el banquero y se fue sin dedicarme una mirada de reojo tan si

quiera; pero ya había sucedido la primera insinuación y yo ni me había enterado.

Cuando salí del banco, sin entender en absoluto la explicación que me habían dado de por qué se me cobraba una dinero superior al que yo tenía depositado en concepto de custodia de tal dinero, mi mente sólo se ocupaba en recordar el leve contacto que había mantenido la parte delantera de mi cuerpo con la trasera de la guapa muchacha que me había precedido en la cola bancaria. La mejor parte delantera de mí mismo contra una mullida, suave, prominente y cálida parte trasera de ella. Y, como decía, cuando salí de la oficina bancaria iba distraído, de tal forma que choqué con alguien. Sí, en efecto, era ella que volvía sobre sus pasos de regreso al banco. Esta vez el golpe fue frontal, y si en mí la disculpa es que iba distraído, en ella no sé cuál sería y no se me ocurrió pensarlo en aquel momento, por lo que perdí la segunda oportunidad mientras oía que ella decía, hablando muy rápido:

-Perdón, que olvidé sobre el mostrador… perdón, es que… tengo que regresar.

Y se fue hacia adentro. Yo quedé, tonto de mí, quieto y mudo, después seguí andando como un imbécil, repito, sin haber "olfateado" tan siquiera la segunda ocasión que ella me había brindado. Tan sólo mantenía mi mente ocupada en el agradable contacto de sus pechos contra el mío. Una sonrisa de tonto se dibujó en mi cara, y hacía que algunos viandantes se quedasen mirándome.

Unos minutos después, cuando ya estaba dentro de mi pequeño y viejo coche, conduciendo por una calle cercana a donde está el banco que acababa de abandonar, vi que la hermosa joven de los tropezones cruzaba la calle y,

por supuesto, frené de golpe por no atropellarla (ahora el encontronazo sería desastroso, lógicamente). Ella se detiene también, pero en medio de la carretera, frente al coche, mirándome con sorpresa al principio, pero después con otro gesto, con otra mirada que no supe interpretar en aquel instante. No sé cuanto estuvimos así, inmóviles uno frente al otro. Recuerdo que comenzaron a sonar los cláxones de los coches retenidos tras del mío, y eso hizo que despertase del ensimismamiento. En ese momento yo podría haber bajado la ventanilla y haberle dicho algo, podría haber descendido del coche y mandar a la mierda a los de atrás y después ir hacia ella, podría haberla invitado a subir a mi lado, incluso podría haber seguido mirándola desde dentro del automóvil; pero lo que en ese momento hice fue un gesto con la mano para que siguiese andando y se apartase, cosa que ella llevó a cabo sin dejar de mirarme hasta que llegó a la acera y se perdió entre otros que por allí pasaban. Yo aceleré el coche y seguí mi camino, pero sólo unos metros más, pues frené de golpe y grité: "¡Soy un imbécil!". Aparqué mientras los vehículos que iban detrás pitaban y algunos conductores vociferaban insultos por mi brusco frenazo. Corrí hacia donde ella se había cruzado delante del coche. Recorrí toda la acera y las otras calles cercanas. No la hallé. No tengo perdón.

MIERCOLES, 21

Hoy he encontrado una mujer que me ha gustado mucho. No, no me he enamorado de ella. Es otra cosa. Bueno, ya sé que me explico mal, como siempre. Es que ella me gusta, me hace reír y se ríe conmigo, sé que la quiero,

que estamos bien juntos. ¿Es sencillo, no?. Pero no estoy enamorado. Si ella fuese un hombre, diría que hoy he encontrado un buen amigo, pero ya sé que nunca una mujer es amiga mía. Una mujer, mi experiencia torpe, pero densa, así me lo indica, puede ser mi amante o mi despechada, mi tormento o mi sueño, pero nunca una amiga. O al menos eso creía. Ahora, desde hoy, ya mi tosca experiencia en nada me ayuda para entender a Ana. Mi sino es estar siempre confuso, y más con las mujeres. Y es que Ana es el mejor amigo que podría haber tenido si ella hubiese sido hombre.

SABADO, 26

Hoy he tenido que hacer un favor a mi amigo Pedro, el que tiene mis mismos gustos musicales, el que tiene los discos esos de notas repetitivas hasta lograr que pongas la mente en blanco y que no pienses en nada, estado al que yo llego antes que nadie, incluso sin música repetitiva. Bueno, decía que hoy, mi buen amigo y entendido en música, Pedro, con voz forzada, la cara un poco roja y mirando al suelo, me pidió un favor. Al principio me asustó un poco, porque comenzó hablando de que tenía un problema y no sabía cómo solucionarlo él solo, que había leído mucho sobre ello pero que no se atrevía a llevarlo a la práctica, que el tiempo pasaba y el problema se hacía cada vez mayor. En fin, que empezaba a preocuparme, y le exigí que se dejase de circunloquios y hablase claro de una jodida vez.

-¡Que quiero ir de putas, y todos sabemos que tú conoces el terreno ese! -me soltó.

Eso era todo. ¡Mira, Diario, qué tontería! El Pedrito, con 19 años, es virgen y quiere iniciarse con una fulana, y me pide a mí que sea su *celestino*. ¿Pero qué tengo yo en la cara para que todos me tomen por experto en tal materia? Bueno, no es que anden muy descaminados, si tengo que ser sincero, y contigo, Diario, he de serlo.

Así que nos fuimos al Styl. Eran las primeras horas de la noche, y el Styl siempre fue mi lugar preferido para el amor de pago. Hacía mucho que no iba por tal lugar, y no sé por qué. Ciertamente, alguna vez he de explicar a este Diario que, aunque no es lo mismo el amor pagado que el amor conquistado o el regalado, todos tienen su atractivo, y el primero, a pesar de lo denostado que se encuentra, tiene unos valores que un día voy a dedicarme a explicar. Espero que no se me olvide.

¿Por dónde iba?. Ya recuerdo. Esta noche de sábado cálido nos fuimos, Pedro y yo, de putas. Pagaba todo él, en eso habíamos quedado, ya que yo, a parte de no tener una mala moneda, era el que hacía de instructor, guía o experto en la materia, y eso tiene un valor.

Llegamos al Styl, y como era temprano, casi todas las putas estaban libres, acodadas en la barra, algunas, y otras por las mesas hablando entre sí. También unas pocas estaban con su chulo extrañamente embelesadas, cosa que nunca entendí; quiero decir que jamás alcanzaré a comprender el amor de la mujer por quien la humilla, pero como lo cierto es que no entiendo eso ni ninguna otra cosa relacionada con ellas, pues mejor lo doy por bueno y no me rompo la cabeza con pensamientos que superan mi

capacidad mental. Y de nuevo perdí el rumbo de lo que contaba. ¡Ah, sí! Pues escribía que al entrar Pedro y yo en el obscuro local, quedamos cerca de la puerta oteando el ambiente, la mercancía, las fulanas, quiero decir, muchas de las cuales nos miraban también, esperando nuestra decisión sobre cuál escoger. Noté que, a mi lado, mi amigo temblaba por la excitación, incluso me pareció que le castañeteaban los dientes. Yo iba a asesorarle sobre cuál, de entre todas las fulanas, era la más adecuada para su iniciación, e iba a recordarle, también que me diese el dinero para la mía, iba a decirle todas estas cosas pero me fue imposible, pues sin casi darme cuenta, Pedro se lanzó hacia una de las putas, una altísima y rubia, con pinta de rusa recién importada, y sin darme tiempo a reclamarle mi justo salario de instructor y guía, ya estaba subiendo las escaleras con la rusita de piernas largas y blancas.

Permanecí todo el tiempo en la barra tomando un baso de agua del grifo, para pitorreo del camarero y de alguna puta, que encima me insultó por mi negativa a sus caras insinuaciones, mientras esperaba a que bajase el Pedrito de los cojones. Y lo esperaba por que soy fiel a mis amigos, y no por el dinero que debiera de haberme dado, pues estaba convencido de que bajaría aquellas escaleras con una amplia sonrisa en la boca y sin un solo billete en los bolsillos.

Puedo asegurar que no soy adivino, pero acerté de lleno en mis previsiones.

DOMINGO, 23

Hoy he perdido mi trabajo de acomodador en la sala de cine. Ya decía mi madre que duraba mucho. En fin, fue por una tontería o, mejor dicho, por una causa de difícil explicación, al menos para mí. Yo estaba distraído mirando la película (una de esas de grandes pasiones y largos silencios entre intensas miradas), que, como era de estreno, aún no había visto. En días sucesivos, cuando ya estuviese harto de ella, me ocuparía mejor de los espectadores que buscaban sus asientos, pero el primer día de proyección no se esperaba de mí una gran atención hacia los clientes. Esto era algo sabido y aceptado por todos, sobretodo por los clientes habituales, que ya comenzaban a conocerme. También he de mencionar que hoy no tenía yo la mente muy clara; me dolía algo la cabeza, quizás porque todavía no me habían pasado los efectos devastadores de la mezcla de bebidas de la noche anterior, pero esa es otra historia. Lo cierto es que a veces parecía que la mente se me iba, me daban mareos y creía encontrarme en otra parte o, por mejor decir, no sabía muy bien, durante unos segundos, dónde estaba exactamente. En fin, el caso es que la película de hoy me estaba gustando, y a pesar de mi estado de ligera confusión mental, estaba embebido mirando la pantalla, gratamente arropado por aquella oscuridad y aquellos silencios que tanto bien hacía a mi dolorida y confusa cabeza. Por supuesto, estaba sentado en la última fila, procurando que no me viesen los clientes retrasados que, desorientados, buscaban a tientas su asiento aprovechando los momentos más luminosos de la película.

Lo cierto es que todo iba bien hasta que, tras un ligero mareo que me hizo inclinar la cabeza hacia un lado y apoyarla sobre el que estaba a mi

izquierda, éste se giró hacia mí y quedé enfrentado a mi profesor de la universidad, de cuando mis recientes estudios de filología española, el que me había recomendado para el puesto que de manera tan indolente estaba desempeñando en ese instante. Me sorprendí por tan curiosa casualidad, pero mi reacción no fue la de temer su reprimenda por el nefasto desempeño de mis obligaciones. Si huí de su lado rápidamente fue por el temor a soportar una de sus explicaciones de por qué yo nunca llegaría a nada en esta vida. En efecto, salí disparado hacia otro lugar del cine con intención de tomar asiento y seguir con la visión de la película, pero en el pasillo tropecé con uno de los que a tientas buscaban su butaca. Encendí la linterna y alumbre la cara de aquel ser, que resultó ser mi antigua profesora de literatura, aquella de la entrevista para la radio, que tras seducirme me mandó al carajo. Apagué la linterna y me alejé con total confusión mental. No es que tuviese miedo de esa gente, pero las sorpresas y aconteceres extraños bloquean la poca capacidad de reflexión que suelo tener, y entonces ya no sé lo que hago. El caso es que fui a tientas hasta encontrar un asiento que creía vacío. Me senté sobre una mujer que gimió, y al volverme para disculparme, veo que es la feúcha bibliotecaria que tiempo atrás había intentado comprar mis servicios sexuales. De nuevo huyo, pero con la mente ya completamente ida. Sólo pienso en sentarme en algún lugar y aislarme de la realidad incomprensible, concentrándome en lo que sucede en la pantalla. Así empiezo a ir de un lugar a otro de la sala, chocando con los que están sentados, tocándolos cuando palpo en busca de alguna butaca libre, pues no quiero encender la linterna para no llamar la atención. En un momento dado, logro sentarme, pero el que está al lado me mira, acerca su cara a la mía y descubro que es… ¡mi padre! ¡Aquello ya era el colmo! Creo que le pregunté

qué hacía allí, pero no estoy seguro. Sé que me levanté y, entonces, encendí la linterna y comencé a dirigir su haz de luz por los rostros de todos los espectadores, que ya dejaron de mirar hacia la pantalla y dirigían sus ojos deslumbrados hacia la luz de la linterna. Ahora ya no recuerdo sus caras, sinceramente, pero en aquel momento debieron de parecerme todos conocidos, porque sé que comencé a gritar: "¡Estáis todos aquí! ¡Habéis venido todos! ¿Qué queréis de mí?". Y corría de un lado para otro por en medio de la sala, enfocando con la linterna ya a unos, ya a otros. Después no recuerdo si caí o me empujaron. Perdí el sentido. Cuando lo recuperé estaba tendido en un sillón del vestíbulo del cine, con el gerente y otro empleado muy cerca de mí. Fue el gerente quien, muy paternal, me dijo:

-¿Ya estás bien, hijo?

Tras asentir yo con la cabeza y ponerme en pie, añadió que me fuese para casa y que no se me ocurriese volver por allí. Lo cierto es que tengo que regresar para devolver el uniforme y la linterna, también para que me den el poco dinero que me deben, aunque todo eso no es importante. Lo verdaderamente substancial es que he decido dejar de mezclar tantas bebidas cuando bebo. No las asimilo demasiado bien últimamente.

MIERCOLES, 16

Hoy, noche tonta y melancólica, de esas en las que la mirada se pierde en una maldita esquina de la habitación y la memoria hace lo que le viene en

gana, recuerdo aquellos tiempos donde los camaradas, también llamados amigos en voz baja, aprendices de revolucionarios en cualquier caso, nos reuníamos para estudiar el materialismo dialéctico y la futura felicidad del proletariado en los textos obscuros de libros muy usados que no nos decían muchas cosas claras, más bien al contrario, hasta que alguno de nosotros daba la explicación más incendiaria, exaltada, panfletaria y maniqueista que a todos convencía. Eran tardes y noches de largas palabras y encendidas pasiones libertarias, donde estábamos convencidos de que el mundo iba a dar un vuelco y nos encontrábamos ansiosos por entrar en la acción directa y revolucionaria, pues si seguíamos esperando, pensábamos, llegaríamos tarde y ya todo habría cambiado y la libertad del oprimido se habría instaurado y a nosotros no nos habría dado tiempo a colaborar. ¡Tan inminente era!

Ahora, esta noche que transcurre lenta, cálida y sin sueño, apoyado en la mesa de mi habitación, rodeado de libros, recuerdo aquella estancia de las reuniones clandestinas (al menos las ocultábamos a nuestros padres), más sucia e igual de desordenada que esta mía del presente, algo más pequeña e igualmente con libros esparcidos por todas partes, en la que las noches de verano eran una delicia por notar la brisa que entraba a través la ventana abierta, y también en ella, durante el invierno, teníamos el escaso calor de cuatro mantas y nuestros cuerpos juntos y ateridos. Y recuerdo que nos imponíamos normas muy rígidas, como correspondía a disciplinados soldados de la revolución; una de ellas era la de no mezclar los sentimientos con los estudios y la práctica socialista. Pensábamos que no era compatible el amor con el cumplimiento del deber libertario. Quiero contenerme la risa y no puedo. Sobre todo cuando recuerdo, esta noche con más claridad que nunca, cómo

nos mirábamos aquellas dos chichas y aquellos cuatro muchachos, ellas con su incipiente volumen en las caderas y los pechos, y nosotros con ese bello en el mentón y las mejillas, que nos hacía, pensábamos, casi iguales al Che. Y recuerdo, y sigue escapándose la risa de mi boca, que teníamos prohibido hablar de cosas banales y de quereres o de gustos personales, y sobre todo, era muy importante no caer en la tentación de decir a una chica una palabra de halago, pues había que tratarlas como a iguales, o mejor dicho, como a fieros hombres revolucionarios. ¡Qué trabajo me costaba eso a mí! Sobre todo con Margarita, que tenía aquella voz tan fina y suave que, cuando leía en voz alta, en vez de proclamar la dictadura del proletariado, parecía pedir por favor permiso para cruzar la calle. Sí, aquella Margarita con la que yo procuraba sentarme en las tardes de invierno para compartir la manta y el calor humano, tan grato y ardiente si provenía de ella. Claro que los meses de verano también tenían sus momentos buenos, pues el calor agobiante hacía que Margarita abriese el escote de su camisa para acoger la mayor cantidad de brisa que entraba por la ventana y, de paso, junto con el viento, dejar que mis ojos se introdujesen por el pequeño surco de la promesa de sus pechos.

Al final de aquellas largas y maravillosas reuniones de estudio y clandestinidad no creo que cambiásemos el mundo; apenas si cambiamos nosotros. Tan sólo se tornó algo distinto el mundo de Margarita y el mío, sobre todo cuando nos expulsaron por falta de conciencia proletaria, creo que dijeron. De todas formas el grupo se disolvería algo más tarde, como el azúcar moreno que al caer en el agua parece invadirla toda, pero que enseguida desaparece y tan sólo deja ese sabor dulzón que dura tanto tiempo en la boca.

MARTES, 1

Hoy de nuevo soñé con ángeles que por multitudes sobrevolaban mi ciudad. Algunos volaban tan bajo que se apreciaba la dulzura de sus ojos, siempre claros. El cielo divisado entre los edificios tenía la alegría de aquellos seres volátiles e imposibles, los cuales, ante el estupor de los viandantes, elaboraban difíciles cabriolas en su recorrido aéreo. Algunos reían abiertamente, no sé si a causa de nuestro asombro o por ser ellos así de felices; otros, de entre aquellos seres, sonreían más quedamente, como si contuviesen con más aplomo toda la felicidad que les permitía volar.

Finalmente, algunos de los ángeles se posaron en tierra, al lado de nosotros. Unos les miraban con terror, otros con admiración, muchos con incredulidad. Yo era de estos últimos, y no contuve mi palabra más sucia. Así dije: "¡no creo en vosotros!". No sé si esperaba que desapareciesen o que enviasen sobre mí algún mortal sortilegio o si esperaba su risa tan hermosa o quizás, simplemente, que me ignorasen; lo que con certeza no pensé que hiciesen, fue lo siguiente...

Uno de los ángeles más cercanos a mí, retomó vuelo con aleteo suave y lento, que movió contra los espectadores, silenciosos, un viento cálido, y quedó suspendido, como planeando sobre mi cabeza a unos tres metros de altura. Lógicamente, mantuve mi vista pendiente de su figura en lo alto, pero cercana, y mi mente estaba abstraída en la contemplación de sus ojos, tan bellos y ambiguos, de dulzura tan femenina y de firmeza tan varonil. Mi mente intentaba

aceptar la falta de sincronía entre la atracción sexual y la camaradería, sentimientos que no era capaz de aceptar juntos, pero que sentía unidos en ese momento, muy a pesar mío. Y entonces, cuando estaba así distraído con aquel ser suspendido sobre mi cabeza, noto que me cogen desde atrás por los sobacos y de inmediato me elevan y me alejan con facilidad asombrosa del suelo, mi medio natural. Al girar la cabeza, veo que otro ángel me sostiene y su mirada ríe como su boca, en silencio y con dulzura. No temo la caída, pues me siento protegido en aquellas manos que no oprimen con dolor, pero sí con seguridad. Desciende, entonces, hasta mi nivel o altura, el ángel primero, el que me distrajo con su vuelo; se pone frente a mí y, con una voz de música, dice: "Míranos. Mira hacia abajo. Nota la aparente ingravidez de tu cuerpo terráqueo. Siente esta experiencia única". Obedecí a todas las dulces órdenes. El ángel siguió hablando: "Ahora, si repites lo que has dicho, desapareceremos de ti". Miré fijamente a aquel ser de belleza ambigua y extraña, y sentí un punto de repulsión que no sé explicar. Le dije: "No puedo amar la duda. No quiero creer en ti". Él apagó su sonrisa; la tristeza de su gesto fue como pasar del sol a la noche. Caí al vacío rodeado de soledad.

Una mano me coge por el brazo en la caída. Pero no, no me sujeta, ahora creo que más bien me empuja, aunque tampoco es eso, noto que esa mano me mueve sin brusquedad, pero con persistencia. Despierto violentamente. La impresión de caída en el vacío aún permanece en mi cerebro como sensación de inseguridad y angustia. También se mantiene el recuerdo, y éste con más fuerza, de la mano que me movió hasta despertarme. Miro a mi alrededor. Nadie junto a mí en la cama; nadie en la habitación. Solo, tal y como recordaba haberme acostado esta noche.

JUEVES, 14

Hoy en visto el cuerpo desnudo de mi abuelo. Se encontraba mal y le ayudé a vestirse. Sabes, Diario, que no me gusta escribir cosas tristes, pero alguna vez se me escapan. Y es que hoy he decidido que no tiene sentido nuestro cuerpo. El cuerpo, nuestro cuerpo, no tiene sentido. No es de sentido común mi propio cuerpo. Esta degeneración que cada día percibimos, que de continuo todos notamos, que veo a diario... no es propio de quien sueña con estrellas, percibe la dulzura de los sonidos en la música y descubre lo imposible.

No, no tiene sentido que el cuerpo se envilezca en la oxidación, se arrugue y retuerza, se vuelva maloliente y putrefacto aún con algo de vida. No es posible asistir impávido ante la descomposición paulatina del que ha inventado cientos de dioses, de quien casi ha comprendido el universo y le hace frente, de aquel que canta y crea palabras para alabarse a sí mismo y a todo lo que ama.

No, no puede ser posible que, por sucumbir la carne en su propia corrupción, yo, que tanto puedo amar, llegue a morir algún día.

SABADO, 7

Hoy, supongo que fue pura casualidad, si por casualidad entendemos los designios de ese dios llamado Caos, hallé, entre la multitud, el rostro de alguien que había desaparecido de mi vida hacía muchos años, y que por tanto no podía ser que la estuviese viendo en ese preciso instante tal y como era cuando yo la había conocido, joven, casi infantil. Si los años habían pasado para mí, no se podían haber detenido en aquel rostro tan igual al de mi recuerdo, el cual conservaba, detenido el tiempo, con la ternura que la mente reserva para los amores perdidos. Pero lo que vi entre una multitud de seres apiñados dentro de un local comercial, que no viene al caso describir, fue, no una fantasía, sino el rostro y el cuerpo y su movimiento de alguien por mí conocido hacía muchos años, y que conservaba todos los rasgos de aquel entonces, sin haber variado ni un ápice. Se pueden buscar razones que satisfagan la razón. Se puede hablar de parecidos sorprendentes, de descendencias familiares, de engaños de la imaginación... pero yo sé lo que vi, y sé que no me engañaba el sueño de un recuerdo ni el sentido de la vista, y también sé que no era la juvenil hija de aquella que yo había conocido: los hijos pueden ser perecidos, no exactamente iguales a sus progenitores.

¡Pero basta ya de explicaciones previas! ¡Finalicemos las divagaciones que pretenden justificar un milagro! Seguiré, sin más, con lo acontecido.

Tras la sorpresa de la visión de aquella joven, casi niña, no resistí, por supuesto, la tentación de ir hacia ella, y preguntarle:

-¿Tú también te acuerdas de mí?.

Su contestación aún suena en mis oídos como el canto que los dioses nos dejan percibir para que comprendamos un poco todo cuanto ignoramos. Sus palabras tranquilas, de voz dulce, mirándome fijamente a los ojos, sin sorpresa ni miedo, fueron como la revelación de que existe todo lo que ansiamos y tememos tras el recodo de lo que llamamos realidad. Su respuesta a mi pregunta, “¿tú también te acuerdas de mí?”, fue de una simpleza tal, que me asombré por no haberla adivinado. Era tan evidente, que me avergoncé y no supe hablar. Ella me miraba seria y algo triste, pero sin miedo ni susto. Esperó a oír la pregunta para girar el rostro hacia mí, aunque antes había advertido mi presencia al acercarme, pues noté su mirada de reojo cuando llegaba a su lado. Ella escuchó mi interrogación, “¿tú también te acuerdas de mí?”, y me miró de frente, y no respondió de inmediato, sino que hizo una leve pausa, la cual aprovechó para dirigir sus ojos a mi rostro. Por fin, me dijo:

-Sí, pero... ¡has cambiado tanto!

MIERCOLES, 9

Hoy, Diario, he descubierto que soy feliz y no sé por qué. La mente se distrae en un punto inconcreto y sonrío sin esfuerzo y sin darme cuenta. Los que me miran en ese instante se asombran y se contagian algo de mi risa boba. Nada malo o dañino ocurre en ese momento. El pensamiento vaga por un vacío apenas sin recuerdos y no busco explicación a nada. Si estoy andando, no sé exactamente a dónde camino, y si me hallo sentado, no sé si

espero algo o cuándo tengo que irme. Lo cierto es que puedo perderme en cualquier minuto; aunque esté inmóvil. Sólo soy consciente de encontrarme muy bien y de que todo en derredor mío es hermoso. Noto en la capa más exterior del cerebro un ligero cosquilleo sumamente grato, que dejo permanecer con fruición al tiempo que entrecierro los ojos y alzo la cara hacia el sol, que me ilumina y calienta de pleno.

Ese instante es eterno. Estoy bien. Todo en mi entorno está reposado y tranquilo. Y soy feliz sin saber por qué.

MARTES, 21

Hoy por la tarde, en la calle, unos niños golpeaban el balón contra un gran portón de zinc. ¡Boom!. Desde mi habitación, el sonido del balón contra el metal sonaba como un tambor infernal, que anunciaba la continuación del estruendo de forma interminable. Una y otra vez, una vez y otra. ¡Boom!.

Y, de pronto, el dolor se hizo intenso. Algo surgió de mi interior, de una parte del cuerpo que no reconozco, algo doloroso que llega al cerebro y lacera sus paredes como si las arañase con algo fino y metálico. Y, entonces, ¡boom!, el balón contra la gran puerta de zinc. Apreté el entrecejo y contuve el impulso de gritar desde la ventana hacia los niños que en la calle jugaban. Soporté la continua punzada de dolor intentando concentrarme, sin conseguirlo, en los papeles que tenía sobre mi mesa, al lado de la ventana, justo encima del portón metálico. ¡Boom!. Quería ignorar lo que sucedía, tanto dentro de mi

cabeza como en la calle, pero el golpe seco del cuero inflado contra la gran puerta provocaba de continuo el eco doloroso en las paredes óseas que acogían mi cerebro torturado.

Cuando ya mi santa paciencia estaba llegando al límite que todo buen humano tiene, de repente se hizo el silencio. La machacona contundencia del sonido molesto dejo paso a un mutismo sorprendente. Me mantuve a la expectativa, esperando el ¡boom! correspondiente, pero éste no llegaba, y pronto noté también la falta de los sonidos agudos de infantiles gargantas que acompañaban al indigno tambor. Como tanto duraba la bendita tranquilidad, llegó la preocupación. ¿Qué les pasó a estos diablos?, me pregunté. Asomado a la ventana vi la calle desierta, para sorpresa mía, abandonada y silenciosa. Algo raro ocurre, pensé de inmediato. Tanta quietud es de preocupar. Todo en la calle estaba en callado suspenso. Yo, asomado a la ventana, estiraba mi cuerpo para ver más allá de donde gira la calle en oculta esquina, y ni perros ni coches ni niños, tampoco pelotas aparecían por ningún sitio. Lo cierto es que entre el dolor de cabeza y la preocupación por la extraña circunstancia, ya no veía ni pájaros ni notaba el viento ni observaba tránsito alguno de ser vivo en toda la calle, la cual se presentaba como una fotografía de ella misma, sin movimiento ni sonido. Guardé yo también un confundido silencio y mantuve mi cuerpo inmóvil en ridícula postura asomado exageradamente a la ventana.

De repente, un ruido surgió del fondo de la calle. Al principio no era muy claro, pero pronto se hizo inconfundible. Voces infantiles y chillonas que se acercaban. Es entonces cuando veo a uno de mis vecinos, pelota en mano, corriendo, perseguido por una jauría de furiosos niños, que gritan y protestan, ríen y algunos lloran. Por fin, mi vecino se paró, agotado por la carrera, y todos

le rodearon. Alzó en alto el balón para evitar que se lo quitasen y rió desde su altura, que no alcanzaban los pequeños. Cuando me vio asomado a la ventana, me dijo:

-¿Vienes a jugar? ¡Tú y yo contra todos estos músicos del diablo!

-¡Allá voy! -respondí.

¡Qué rápido curan algunas jaquecas!

LUNES, 30

Hoy recibí una carta breve, cruel y fría, sus pocas palabras eran como aguijones que se hundieron en mis ojos sorprendidos. Cada una de sus letras era una venganza, quizás justa, y los rasgos puntiagudos de sus signos denotaban el odio de su trazo. Los puntos sobre las íes eran desgarros sobre el papel. La tinta azul me miraba cejijunta, acusándome en cada golpe dado en cada coma. Ya en el sobre se intuía el monstruo que guardaba, pues mi nombre como destinatario era un conjunto informe de violentas rayas agudas, solo comprensibles para el cartero y quien interpretase la rabia contenida.

La carta era un cuenco blanquecino rebosante de pus azul y venenoso, su contacto provocaba picor en las yemas de mis dedos. Incluso el tacto del simple papel tenía una extraña cualidad resbaladiza y fría, como si mostrase su desagrado por el deslizamiento de mis manos sobre él. También se hacía dañino su tamaño pequeño, de hoja recortada con tijeras descuidadas, sin

respeto por la forma cuadrada o rectangular, ni tan siquiera por la línea recta de sus lados.

Guardé enseguida la carta en la profundidad de un cajón de mi escritorio, el que casi nunca necesito abrir, pero aún parece que, en los silencios de esta noche, mientras escribo en el Diario, escucho sonidos repelentes al rozar, dentro de aquella gaveta, la carta contra la madera o al crujir su papel por plegarse sobre si mismo. Es como un irreconocible animal, adormilado o en letargo, que hace intentos por moverse y morder con las últimas fuerzas que le quedan.

Lo curioso es que soy incapaz de destruir esa carta. No puedo suponerme estrujándola entre mis manos para arrojarla a la basura. El sonido como de huesillos al romper, que en mi delirio imagino, el horror de notar unos ojos pequeños y sangrantes desde el fondo del cubo de la basura, todo esto hace que no me atreva a coger y rasgar y tirar la carta que yace amenazadora en el fondo del cajón clausurado.

Seguramente hay noches en las que recibo parte de lo que merezco. De todas formas, lo mejor es que busque la compañía de amigos. Ahora mismo necesito abrazos y risas que quiten de mi piel el frío dañino que dejó el contacto venenoso del ser de papel.

VIERNES, 1

Hoy de nuevo he vuelto a jugar al juego de las persecuciones. Creí que ya lo tenía superado, pero he vuelto a caer en la tentación; cosa tan habitual en

mí esa de caer en la tentación. Bueno, el juego es muy sencillo: escojo una víctima y me pongo a seguirla a donde quiera que vaya, así hasta que la pierdo o me canso. Sencillo y tonto, ya lo sé. Pues bien, hoy elegí a mi vecina Marta. No sé por qué, quizás porque la vi tan silenciosa, tan encogida sobre sí misma, tan humilde y asustadiza como ella siempre es, pero, además, hoy la noté como si llevase el alma en vilo. Cuando nos cruzamos en la escalera me pareció que bajo todo su apocamiento llevaba una enorme fuerza. A veces soy así de intuitivo. Por eso decidí seguirla y jugar con ella al juego de las persecuciones. Esto fue lo que paso.

Vi entrar a Marta en el templo con paso presuroso y la cabeza gacha, como si se ocultase, aunque esa actitud temerosa es normal en mi vecina. La seguí cuando entró en aquel recinto agradablemente frío, en contraste con el aire cálido del exterior, y una penumbra nos envolvió con agrado. Seguramente Marta sabía que a esa hora eran pocos los fieles en el interior de la iglesia, pues no se celebraba ninguna misa, tan solo había servicio de confesiones. Marta se adentró en el interior de la iglesia y, tras una genuflexión en el pasillo central, se dirigió a un lateral, pasando frente a uno de los tres confesionarios que ese día se utilizaban. Yo mantenía cierta distancia prudente. Marta vio a dos viejas conocidas esperando su turno, por lo que supuso, al igual que yo, que era el lugar del anciano cura Don Ceferino. Saludó a las beatas y siguió hasta el segundo confesionario; éste se encontraba sin feligreses, y la cortina corrida dejó ver al grueso sacerdote Don Casto, que es algo sordo y nadie quiere confesar con él porque siempre pide repetir los pecados en voz cada vez más alta. Llegó por fin ante el tercero, de donde se iba, casualmente, la ultima penitente que acababa de limpiar su alma. Ahora estoy seguro de que

Marta no dudo un momento de que en ese tendría que estar el padre Juan, así que se arrodilló junto a él. Yo me senté en un banco cercano, aunque no demasiado, al fin y al cabo tengo un oído excelente.

-Ave María Purísima, padre Juan -dijo ella, añadiendo el nombre del cura para asegurarse.

-Sin pecado concebida, hija -respondió él, y, por la voz, ella debió de comprender que no se había equivocado.

El suspiro de alivio de Marta sonó excesivamente alto, por lo que noté en ella un breve gesto de vergüenza, pero el sacerdote no hizo ningún comentario al respecto, al menos que yo escuchase desde mí privilegiada posición; el padre Juan tan sólo formuló la pregunta habitual:

-¿Cuándo fue la ultima vez que te confesaste?.

-La semana pasada, padre. Soy Marta.

Se produjo un breve silencio al otro lado de la rejilla de madera que los separaba. Enseguida volvió a hablar el sacerdote.

-¿Que pecados tienes?

Pensándolo ahora, que conozco toda la historia, estoy convencido de que Marta había entrado decidida a hablar claro. Debían de ser ya muchos días y, sobre todo, muchas noches de dolor y ansiedad, así que, supongo que superando una enorme vergüenza y no importándole que su cara enrojeciera como un tomate maduro, dijo en susurros, con frases mal hechas, hablando de seguido, casi sin pausas, explicándose nerviosa y mal, con frases presurosas e inadecuadas, de aparente sin sentido (todas las cuales recuerdo con sorprendente y absoluta precisión):

-Tengo sueños, he pecado por los sueños y padezco cuando despierta no poniendo remedio y peco también. No evito que el silencio me rompa y lloro cuando por la noche lo pienso y lo siento y lo deseo en sufrir que no evita que pensando en usted me acaricie hasta morderme los labios para no gritar cuando el gusto me lleva al otro dolor más distinto. Pero ya el sueño ya no me es bastante, y mis caricias con mis manos ya no me bastan para sustituir la ausencia de las suyas de usted.

Calló Marta porque el aliento le faltaba, y en medio de ese silencio, pues desde dentro del confesionario ninguna palabra salía, la mujer, supongo, comprendió que nada más iba a poder decir. Siguió callada, esperando algo, pero ni ella, y menos yo, sabíamos qué. El silencio se prolongó varios minutos. Marta no creo que midiese el tiempo. Dudo que para ella existiese. Y entonces oímos una respiración profunda del otro lado de las maderillas entrelazadas que formaban el breve enrejado que los separaba, y esos suspiros o gemidos o lo que fuesen, sonaban cercanos, como pegados a los barrotillos de madera. Vi entonces que Marta allegaba su cara y pegaba sus labios a esa celosía, y no dudo que notó el aliento cercano y entrecortado del sacerdote al otro lado. La mujer apretó aún más su cara contra la madera y su boca se estrujó entre los breves agujeros que permitían pasar sonidos y suspiros. Probablemente con dolor en los labios y en el alma, dijo muy bajo, entre susurros:

-¡Te quiero!

Entonces me fui. Este juego, aunque me avergüence un poco reconocerlo, es sumamente divertido. A veces la intimidad de las personas es mejor que el más preferible de mis sueños.

JUEVES, 14

Hoy por la tarde, ya anocheciendo, tiempo de niebla y soledad, me tropecé con un tonto, lelo o retrasado mental, llamémosle si no loco, Diario, y acabamos antes. Yo paseaba sin rumbo y con el pensamiento extraviado, perdiendo el tiempo hasta que llegase el momento en el que supiese qué tenía que hacer y dónde tendría que estar, ideas que no tenía muy claras, no sé si por influencia de la espesa niebla que me rodeaba y me perdía, o por tener yo el día bobo. El caso es que recorría, sin rumbo fijo, la ciudad fantasmal al estar transformada por la densa neblina. En torno a mí, los objetos surgían de la masa blanquecina de manera inesperada, las calles aparecían de pronto como surgidas de la nada, y todo se veía encerrado en un espacio pequeño e íntimo. Igualmente, mis pensamientos se confundían en cada intento de comprender la realidad. La mezcolanza de certeza y fantasía, propiciada por la falta de visión clara, debido a la niebla que todo lo cubría, y también producto de mi torpeza mental en aquellos momentos, hizo que me sintiese un ser ajeno a todo lo que me rodeaba y que tomase por una aparición sobrenatural la del tonto que de pronto se plantó ante mí, surgido de entre la niebla de forma abrupta, y que así me habló:

-Nada es real, excepto yo que te imagino a ti y a la ciudad y la niebla. Mañana soñaré con el sol y regalaré un buen día a todos los que permita existir en mi mundo inventado. Tú -y me señaló con un dedo sucio y firme- tal vez no estés

mañana aquí, quizás no te regale ni uno solo de mis pensamientos y por tanto, todo lo que ahora crees que tienes, todo por lo que ahora te esfuerzas y ansías, mañana no será ni tan siquiera el sueño de un loco. Puede que mañana ni tú ni todo lo que ahora forma tu mundo, sea cierto ni halla existido nunca. Aunque puede ser que pasado mañana vuelva a acordarme de ti... no pierdas la esperanza.

Y tras esa perorata de profeta chiflado, arrancó a correr, sorprendiéndome el que no chocase con nada. Lo cierto es que, mientras me hablaba, y antes de que yo reaccionase y comenzara a reírme, hubo un momento en que llegué a dudar de lo que es habitual y reconocible, cotidiano y seguro. Fueron unos segundos, pero sentí un mareo, una punzada de terror inexplicable, un vértigo. La risa, al final, lo arregló todo.

MARTES, 4

Hoy, quebrantando mis costumbres sedentarias e inmovilistas, me vi obligado a hacer un viaje. Hube de recorrer, con mi *seiscientos,* una zona poco habitual en mis desplazamientos, y a pesar de ello no sufrí ninguna avería, en contra de toda lógica y estadística. En un tramo del viaje, la velocidad se hizo lenta debido a las obras en la carretera, y entretenía mi aburrimiento mirando por las ventanillas laterales, que por el calor llevaba bajadas. Así fue como, en uno de los momentos más lentos de la circulación, pude ser espectador del

siguiente suceso. Vi a un niño sucio y mal vestido que andaba por el borde de la carretera grande, recta, poblada de vehículos que deseaban emprender un veloz viaje, pero que mantenían ahora, momentáneamente, una desesperante marcha lenta. El pequeño iba sucio, como ya dije, y con cara de enfado. Cara de niño pequeño, porque lo era, pero de adulto con malicia e indefinida rabia heredada, tal era la seriedad y dureza de su rostro. Su tristeza y soledad se evidenciaban en el brillo acerado de sus ojos negros y en su boca, con permanente rictus de asco y ausente de risa. Iba, este niño flaco, andando rápido al borde de la carretera, y los coches, en sus escasos momentos de avance rápido, provocaban un ligero viento incapaz de mover sus greñas duras de polvo y grasa. El pelo le caía por la cara como cicatrices negras. Andaba con paso firme y seguro, sin dejar de mirar a cada coche con el que se cruzaba. Y miraba con esa mezcla de odio, envidia y orgullo mal entendido que no se tiene a los ocho años, si no que se hereda y se aprende de la paciencia de los viejos malvados.

El pequeño, serio, sucio y triste, caminaba al borde de la carretera y, cada cierto tiempo, de forma aleatoria (supongo), al cruzarse con alguno de los coches, que lentamente atravesábamos aquel paraje, el niño lo escupía y, aún babeándole restos de saliva, entre dientes, murmuraba:

-¡Muérete!.

Así con cada coche que le apetecía. Así con cada desconocido. Así con cada enemigo. También a mi me escupió.

JUEVES, 16

Hoy es el tercer día consecutivo que la he visto, y a pesar de lo que ha sucedido, cada vez me gusta más. El primer encuentro fue en la barra de un bar. Ella se acodó a mi lado y tomó un café en silencio, mirando al frente, donde unas botellas ocultaban un espejo biselado. Me pasé todo el tiempo desviando mi vista hacia ella, a veces de reojo y otras veces de manera más descarada, pero la bella no apartó ni por un segundo sus ojos de las dichosas botellas de enfrente, ni modificó su expresión hermosa y seria en ningún instante. Se fue tras acabar el café con pasos cortitos y rápidos. Yo todavía estaba pensando lo mucho que me gustaba su melena negra y corta y el delgado, blanco y largo cuello que dejaba ver, y también me quedé pensando algo que decirle antes de que se fuera, pero esa primera vez, evidentemente, tardé demasiado en decidirme, cosa poco habitual en mí, lo que significaba que me había aturdido considerablemente. Tras ese encuentro, por la noche, dormido, tuve mi primer sueño con ella, y curiosamente no fue con su cuello esbelto ni su rostro de gacela seria, sino con su culo, del que no fui consciente en la visión diurna (cosa muy rara, lo que indica el absoluto atontamiento que padecí tras el hallazgo de la joven).

El segundo encuentro fue en el mismo bar, al día siguiente, y esta vez, influido por el sueño, que recordé de pronto, lo primero que busqué de ella fue el culo embutido en un ajustado pantalón. No puede evitar el comienzo de una pronta erección, cosa que me sucede con embarazosa frecuencia, angustiosa, más bien, sobretodo cuando estoy de pie en la barra de un bar y llevo mis pantalones *tejanos* mas prietos. Y ella volvió a ponerse junto a mí y de nuevo

pidió un café. Yo apreté mi cuerpo contra la barra para disimular el bulto de la entrepierna, pero no dejé de mirarla de arriba abajo sin recato alguno, lo que no sólo me daba un placer espiritual al contemplar semejante belleza, sino que aumentaba el flujo de sangre a mis partes pudendas, y el pantalón, en esa zona tan delicada, comenzaba a demostrar la contundencia de su tejido. Ella no parecía darse cuenta de nada; ni mis miradas la alteraban, ni parecía haber notado la sobresaliente pirámide de mi entrepierna. Y fue entonces cuando vi acercarse a Magín, el cojo Magín, con su vaivén andarín, que parece que se va a caer justo cuando por fin avanza un paso. No lo pensé dos veces (ni tan siquiera una), me interpuse en su camino y él se fue al suelo y yo me lancé, como impelido tras el choque, contra la hermosa, y así golpeé mi abultada bragueta contra su prominente trasero. Ella, en ese instante, intentaba tomar un sorbo del café. En fin, la situación para mi fue muy grata, pues a pesar del tejido molesto del pantalón, noté las firmes nalgas cálidas, rotundas y prietas. A ella se le calló, sobre el mostrador, el líquido que sorbía de la taza y abrió mucho los ojos al girarse y mirarme, pero no dijo nada, aunque abría y cerraba la boca, pero sin emitir sonido alguno. Me disculpé con un gesto y una sonrisa, y cuando iba a iniciar la conversación con una frase ingeniosa, de esas que me han hecho famoso, fue cuando Magín, desde el suelo, me agarró por la pierna para intentar ponerse en pié. No tuve más remedio que ayudarle, y cuando logré que recuperase su posición vertical (o casi vertical, porque siempre va ladeado al tener una pierna más corta), la joven tan bella y de posaderas tan rotundas y cuello de anhelo para mi boca, ya se había ido, había desaparecido como si del sueño antes contado se tratase. ¡Maldito Magín!, pensé en voz alta, y él me contestó que sí, que encima la culpa iba a ser de él.

La tercera vez que la vi volvió a ser en el mismo bar, al día siguiente (lo siento por la monotonía ambiental de la historia, pero es que fue así). Yo estaba de nuevo en la barra, y en mi interior la estaba esperando con toda la fuerza de mi alma, aunque mi razón indicaba que era prácticamente imposible que volviese a entrar a la misma hora que en los dos días anteriores, sobretodo después del "accidente" que habíamos tenido ella, Magín y yo. Racionalmente era improbable nuestro encuentro, pero la hermosa entró puntual como un tren y se colocó, sin mirarme, a mi lado. Pidió un café con voz apagada, mirando al camarero directamente durante un segundo, después clavó los ojos negros en lo que parecía ser su lugar preferido del bar: las botellas que adornaban la pared de enfrente, con su espejo biselado.

-El café de la señorita corre de mi cuenta, que ayer se derramó aquí uno por culpa mía -dije yo, con mi voz más circunspecta.

Puse una monedas sobre el mostrador, el camarero hizo ademán de asentimiento y la bella continuó en silencio mirando al frente, pero no se negó a ser invitada, sencillamente cogió con delicadeza la taza humeante, la sostuvo un segundo frente a su boca, pero sin llegar a tomar sorbo alguno, se giró hacia mí y a continuación, mientras yo iniciaba el gesto amable de una sonrisa, arrojó el café sobre mi ajustado pantalón, que gracias a su fuerte tejido impidió graves quemaduras en piel tan sensible como la que tengo en el lugar a donde fue a dar el caliente líquido.

En fin, no todos mis días acaban bien, pero como al principio dije, la hermosa cada vez me atrae más. Acabaré por tomarle gusto al café.

DIA ULTIMO

Hoy he dado a leer mi Diario a un extraño… Perdón, comenzaré de nuevo.

Hoy te he dado a leer a un extraño, Diario, y ha sido como matarte. Bueno, no, tanto como eso no, más bien fue como desprenderte de mí; sí, tal que parirte (no te rías por el símil). En fin, que ya no te siento como una parte de mi cuerpo o de mi mente, ya no eres algo interno y vital. Ya no me perteneces. Creo que es hora de despedirnos. Y ni tu ni yo somos tontos sentimentales, así que nada de lágrimas.

Te contaré la última y alegre confidencia, para que el adiós no sea amargo.

Ha vuelto mi prima (seguro que la recuerdas) de su viaje a la India, y ha llegado sola y más morena aún si cabe. Y más risueña y más parlanchina y más… ya sabes lo que quiero decir. ¡Quién, si no tú, lo va a saber tan bien como yo! Creo que será a ella a quien le cuente ahora mis historias, en lugar de a ti, que ya no me perteneces. Por supuesto ella tampoco es de mi propiedad, y con lo deslenguada que es, será como escribírtelo a ti y publicarte al día siguiente para que todos lo lean. En fin, tú y yo sabemos como es ella, y no nos importa, ¿verdad?

También he de decirte que he llamado por teléfono a la chica tímida de aquella oficina, la que se llamaba Trini y se asusta como una paloma cuando te acercas mucho. Pues hemos hablado durante bastante tiempo y no me a colgado como yo temía, mas al contrario, hemos quedado para vernos hoy al

atardecer. Es, esta Trini, el polo opuesto de mi prima Azucena, bien lo sabes, Diario, y también a ella le contaré mis andanzas. Entre ambas me volverán loco, pero las perspectivas son tan extremas y maravillosas que no puedo evitar tirarme de cabeza al vértigo de los opuestos (por no hablar del esfuerzo mental que supone engañarlas un poco a ambas, pues eso es parte de la diversión y del remordimiento también, que un poco de dolor hace de la alegría algo más apreciado después)

Bueno, esto se acaba, compañero. Se avecinan estupendas y divertidas aventuras, por no hablar de algún doloroso desastre, pero creo que esas historias ya son presa del viento, del olvido, de la vida intrascendente y vana, que sólo ha de dejar la huella de una sonrisa en aquella a quien se las cuente.

Ha sido un placer hablar contigo, pero ya sabes que nada permanece durante mucho tiempo.

F I N